

R40572

DISCURSO

LEIDO ANTE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON LEON GALINDO Y DE VERA



MADRID

IMPRESA DE GASPAR, EDITORES,

Calle del Príncipe, núm. 4.

1875



DISCURSO

DE

DON LEON GALINDO Y DE VERA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Hace algunos años, al terminarse la sesión pública en que la Academia de la Historia, mas por su bondad que por mis méritos, declaraba haberse adjudicado el premio á la memoria que escribí sobre la *Historia, vicisitudes y política tradicional de España en Africa*, acercóseme Don Antonio Aparisi y Guijarro, cuyo recuerdo vive hondamente grabado en mi corazón y me dijo: «¿sabes quien ha sostenido con mas empeño tu causa? Olózaga. ¿Quieres verlo? Desea conocerte.» Presentóme á él, y le dí las gracias por el apoyo que me habia prestado; me contestó con las frases de urbanidad y cortesía que se prodigan á quien se vé por primera vez, y por todo quedéle agradecido.

Al estrecharnos la mano en afectuosa despedida, nos separamos para no volver á vernos. «Muchos años Diputado y Embajador y Presidente del Congreso; tres veces Académico, cuatro emigrado, otras tantas llevado en triunfo; de elocuencia irresistible, propia para el entusiasmo y para la ironía; fácil en arrancar y verter lágrimas y en provocar risas; en su trato familiar, amable; en su comercio social, cortés y obsequioso; con sus adversarios en la tribuna, implacable; en las academias, asíduo y celosísimo; porque lo era mucho

»del decoro y prosperidad de toda corporacion á que pertenecia; (1)» pasó sus últimos años en suelo extranjero representando á su país, mas embebido en las artes de la diplomacia que en las tareas de las letras, mas entregado á las luchas ardientes de la política que á las reposadas lucubraciones filológicas. Júzguele pues la historia, la historia que no perdona ni olvida, cúpleme á mí, su sucesor, al conmemorarle con este motivo, dar público testimonio de mi gratitud por la honra que me dispensó aquel insigne talento, cuya fácil y elegante palabra, cuya intencionada argumentacion, cautivó tantas veces á amigos y á adversarios, y fué causa de que justísimamente ostentase en su pecho la insignia de Académico de la Española.

No es mi propósito con frases de humildad encarecer lo escaso de mis méritos para ocupar este sitio; porque desde que me elegís- teis, ante vuestro fallo tuve que hacer callar la voz interior del propio conocimiento: el elegido puede ser pequeño, pero al designarlo vosotros como no indigno de ser vuestro compañero, le elevais pres- tándole el brillo de vuestro nombre y haciéndole participante del caudal de gloria científica que el cuerpo atesora. El frágil vidrio, con ser vil tierra, refleja el rayo del sol que acariciándole se quiebra en su pobreza, y cual áscua encendida, despide, aunque prestada, magnífica aureola de luz.

Y pues que en materia tan principal como la del merecimiento propio, sometiendo mi juicio al juicio ageno, he reconocido la auto- ridad de la Academia, voy á tratar en el presente discurso de cual sea aquella, en materia de lenguaje.

Tiene por fin el hombre, lo bueno, lo verdadero, lo bello; bondad verdad y belleza, emanaciones de aquella substancia increada que con su presencia lo llena todo y todo lo vivifica. Para conseguir su fin, para andar el áspero camino que separa el mal, del bien; lo errado, de lo falso; lo grosero y repugnante, de lo hermoso y apacible, se le ha impuesto el trabajo como medio y la autoridad como guia.

(1) Discurso pronunciado por el señor Marqués de Molins en la apertura de las cátedras del Ateneo en Noviembre de 1874

Es la autoridad cosa tan necesaria que en todas partes la encontrareis, material ó moral. No existe asociacion en que no haya quien mande; no existe asociacion en que por la ley, por la costumbre, por el miedo, por la necesidad, por la índole natural del hombre que donde vé superioridades se humilla; no haya quien obedezca: los pocos dirigen, la multitud calla y sigue.

Y consiste en que es una verdad de sentimiento que rechaza toda clase de sofismas, que las asociaciones, en tanto lograrán mejor el fin para que se constituyeron, en cuanto los asociados se conformen mas sumisos al impulso de la mano que los dirige. Si desconocen la rienda, frustraráse su intento, gastando miserablemente sus fuerzas en movimientos estériles y desordenados.

La autoridad es por consiguiente, el fundamento de todo progreso moral, científico y literario.

Ved en religion dogmas indiscutibles; un centro que resuelve las dudas con criterio invariable; que enseña hoy doctrinas basadas en los mismos principios esenciales que las basaba hace dos mil años; que en lucha perpétua con el error, resuelve las cuestiones que agitan al mundo con soberano imperio: orden, magestad, armonía, firmeza incontrastable..... allí hay autoridad religiosa.

¿Qué os dicen esas disputas sin término, esas profundas divisiones, ese variar incesante, ese sostener unos los que otros rechazan, esos absurdos monstruosos en los principios morales, esos delirios inconcebibles en el culto, ese convertir en Dios toda materia, ese rechazar todo orden sobrenatural? que allí no hay autoridad religiosa.

Ved esos pórticos y esas academias y esas cátedras y esas tribunas que obedeciendo á un impulso comun, á una razon única, eje sobre el que rueda la inmensa pesadumbre de los conocimientos humanos, caminan sin retroceder, con rumbo fijo y directo, de las verdades conocidas á las desconocidas, y desechando lo que se opone de raíz á sus principios fundamentales aumentan progresivamente el caudal de la ciencia..... allí hay autoridad científica.

Ved el campo del saber convertido en campo de locuras, proclamando todas doctrinas nuevas, dando por verdades dogmáticas delirantes sistemas, atacando cuanto existe, escarneciendo la sabiduría de los pueblos adquirida con el paciente trabajo de cien siglos, gastando toda su vitalidad en aprender á entenderse y en medio de este

vortiginoso torbellino de opiniones que se cruzan, se chocan, se levantan, caen, aparecen y desaparecen, perderse en los abismos de la duda y de la impotencia..... allí no hay autoridad científica.

Si pues en religion, en moral, en ciencias, en cuantas operaciones abarca y se ejercita el espíritu del hombre, el concierto del mundo exige que se refrene la razon, que se humille la voluntad, que se reconozca un poder supremo que resuelva y dirija; si para todo hay reglas y para todo existe autoridad; autoridad y reglas han de existir en materia de lenguaje.

Y tanto mas, cuanto el lenguaje, instrumento maravilloso que manejan todos, es lo mas expuesto por ello á perturbaciones y errores. No basta provenir del mismo origen y pertenecer á la misma raza y tener intereses solidarios, no: la nacionalidad es el lenguaje; por que el lenguaje es el estrecho lazo que une á los asociados y los hermana y los identifica.

Quiso el Señor dispersar á los hombres: no les dió para ello, aficiones distintas que suelen modificarse por la edad y por la costumbre; no arrojó entre unos y otros la discordia de intereses contrarios que por medio de combinaciones sutiles se concuerdan ó se desdeñan por varones generosos; no interpuso insondables océanos, no intraspasables sierras que vence el pecho varonil y el ánimo constante; puso sólo entre ellos la diversidad de lenguas, y miles de años han transcurrido y la division continúa, porque lo diverso de las lenguas permanece como castigo eterno de la soberbia del hombre.

Españoles son todos los que pueblan la Península, ó por mejor decir, el sol que la alumbra no debiera alumbrar mas que á Españoles y sin embargo, ved dentro de ella grupos antiguos, diversos, que si se unen, no se confunden; que á través de la sucesion de los siglos, y á pesar de lo idéntico de los intereses, conservan su individualidad; porque no tienen un idioma comun. Catalanes y Navarros, Gallegos y Castellanos pelearán reciamente defendiendo la misma bandera contra un invasor extranjero que no hable la lengua de ninguno de ellos; pero mas que un pueblo, son una federacion de pueblos: su distinto idioma es el cerco encantado que no pueden traspasar unos ni otros. Suenan insufrible para el Andalúz el rudo enérgico acento de los Provenzales y sonriése en son de mofa el

audaz Catalan, cuando el muelle ceceo de los ardientes hijos de la Bética le atoniza los oídos.

Y aun entre los que hablan el mismo idioma, la diversidad del estilo separa á los hombres mas que el nacimiento, mas que la clase, mas que las profesiones. Sin orgullo ni vanidad, antes con llaneza y aun con verdadero placer estrecha el poderoso la encallecida mano del honrado industrial y si es necesario se asocia con él para un fin comun y le hace árbitro de su nombre y de su fortuna que confia á su probidad é inteligencia; mas no puede intimar con él: perpétuo obstáculo será un solecismo, una frase baja ó ajena de oídos escrupulosos. Dad á ese industrial de las callosas manos un lenguaje escogido, el lenguaje del hombre bien educado, y pronto la unidad de intereses y el trato y el conocimiento de la mútua bondad, crearán amigos donde solo habia sócios: es que ya hablan ambos el mismo idioma; es que lo delicado de la frase hace resaltar lo delicado del sentimiento moral; es que identificados en la esencia, la forma de expresarla resuena armónica en sus oídos.

Siendo pues lo idéntico del lenguaje causa de que los hombres se reunan, si no hubiera reglas, si no hubiera autoridad, si no hubiera quien conservase y pelease por los fueros del buen decir, el idioma entregado al capricho universal se fraccionaria anárquicamente. Poco á poco ocurrirían tantas variaciones, que la mayoría de los nacionales se creeria extranjera en su misma pátria. Cada ciento, cada mil, cada diez mil usarian palabras, construcciones, modismos diversos y agrupándose atraídos por el iman del habla comun, formarían en la Nacion círculos separados, fracciones aisladas, que se subdividirían indefinidamente.

La autoridad que unifica el lenguaje, es concierto y armonía; la libertad que diversifica el lenguaje, es turbacion y disonancia: obedecer á aquella, es familia, pátria, nacionalidad; usar de esta, es individuo, cosmopolitismo, humanitarismo.

Si pues se ha de buscar lo que une, no lo que disgrega, necesaria es la autoridad lingüística, pero ¿ha de depositarse en uno ó en muchos; en corporaciones ó en personas? Despláceme monarquía de las letras y república literaria suena agradable en el oído acostumbrado. Herédanse el poder y la firmeza de carácter y las altas dotes morales: los claros ejemplos del ascendiente son llamadas al des-

cendiente, que si no los sigue, en baldon propio convierte la gloria agena: nótase mas el defecto cuanto mas rico es el brocado, y con la grandeza del nombre resalta con mas extremo la nulidad del hombre. El ingenio, la ciencia, la sabiduria no se heredan: dones que el Señor concede á los individuos, no se trasmiten con la sangre, y excepto algunas familias afortunadas, pocos son los padres que sonrienzos al ver á sus hijos adelantárseles en la celebridad adquirida, y menos los nietos que continúan las tradiciones gloriosas del padre y del abuelo.

Como toda soberanía intelectual descansa solo en la presuncion del mayor saber, y el sujetarse á sus fallos es voluntario; de aquí que cada Rey de la lengua necesitaria que los súbditos unánimes reconociesen su indisputable superioridad; negocio harto difícil y ocasionado á disputas insolubles y á interregnos prolongadísimos. Pasarian años y años antes que su dominacion fuese universalmente acatada y algunos se le opondrian y combatirian sus preceptos, promulgándolos á su vez distintos, y la multitud indiferente seguiria á la ventura contrarios derroteros y el vulgo de los escritores; mas presuntuoso cuanto mas vulgo; alzaria á la par banderas creyéndose todos modernos Alejandro, dominadores del mundo filológico, con el mismo derecho que aquellos peregrinos ingenios.

No sucede esto en las corporaciones, que solo por serlo se respetan: la naturaleza de las cosas asi lo determina. La muchedumbre imprime en todo, el sello de magestad que dá la fuerza en lo fisico como en lo moral. El guerrero valeroso cuya espada mensajera de muerte no encuentra resistencias individuales, ceja y se abriga entre los suyos á la vista del ejército enemigo; porque no ha de pelear contra este ó contra el otro campeón, sino contra la fuerza una, reunida, omnipotente, incontrastable, de cien mil hombres.

Es ademas hecho reconocido, que las colectividades tienen y encierran cierta cosa en sí que no puede explicarse y que forma autoridad: todos los criterios se funden en un criterio especial, todo en ellas reviste algo de imponente, de verdadero, sin relacion á sus individuos, distinto de sus individuos, contrario muchas veces á sus individuos. Aparece el poeta en el teatro: cada uno de los espectadores, ó la inmensa mayoría, no son poetas, saben menos que el autor, ni siquiera sospechan que han existido Horacio, Boileau, ni

Lope de Vega, y sin embargo, el juicio de aquella masa de espectadores, ignorantes los mas, entendidos los menos, apasionados algunos, indiferentes casi todos; es contadas veces injusto: aquella multitud con intuición maravillosa indica los defectos del drama y bosteza cuando el autor en ampulosos versos amontona frases vacías y sonoras, y duerme cuando inoportuno en vez de enseñar con los ejemplos sermonea en acompasadas redondillas, y álzase anhelante cuando un rasgo generoso ó una idea magnánima y felizmente desenvuelta le arrebató y aplaude frenético con triples salvas que llenan la extensa bóveda é hinchen el espacio.

En vano el poeta erguida la frente y desdeñosa la mirada, cierto de su superioridad intelectual sobre cada uno de los circunstantes querrá afrontar la pública opinión, su fallo le eleva triunfador ó le confunde vencido.

Y si esto sucede con la multitud indocta ¿qué ha de decirse de las colectividades formadas por varones cuyo cabello se ha blanqueado en el profundo estudio de las cuestiones filológicas? Desde que se crean esos centros literarios, se aprende á respetarlos, desde que nacen se acatan instintivamente sus resoluciones, y aquel respeto y ese acatamiento constituyen su autoridad literaria.

Para que esta acrezca de día en día hay además motivos, que si bien ajenos á la esencia de las Academias, no por ello influyen menos en su propagación. Los triunfos de las colectividades á nadie humillan: muchos resistirán el declararse inferiores á sus adversarios; (¡orgullosos es el talento!) mas nadie se sonroja de saber menos que la Academia; porque no se señala quien le ha vencido, ni tiene que sufrir en su amor propio, ni teme la sonrisa irónica, ni la despreciativa mirada, ni la comparación humillante con el rival. La gloria de las colectividades es la gloria de todos los que las forman y de todos los que no las forman; es el tesoro común de la república literaria; dentro de un año, quizá dentro de un mes, mañana mismo por ventura, el que hoy sufre impaciente el peso de su autoridad, formará parte de aquellas corporaciones y participará como todos de la honra por ellas adquirida.

Tienen también las Academias, por su misma naturaleza mayor aptitud para perfeccionar el lenguaje enmendando incesan-

temente los errores. Inmortales con la sucesion, rejuveneciéndose con las elecciones, atesorando trabajos antiguos, allegando los modernos; unidos á los tiempos que fueron por la tradicion y por los libros; dando la mano á los actuales por el roce imprescindible y continuo con los que forman las huestes literarias, va elaborando sus obras lentamente, como todo lo durable. Jamás se avergüenza de desechar un vocablo aceptado, ó de enmendar un error admitido; porque es ella la que á sí misma se corrige; ella la que á sí propia se enmienda; ella la que va perfeccionando su inacabable tarea; ella la que en su cuadro sin término, con la nueva pincelada de hoy cubre el falso toque de ayer. No así el particular que aunque yerre, concluido su trabajo lo defiende cual lo presenta, y si otro lo corrige, la perfeccion que resulta ya no es suya, y como no suya ó la rechaza vivo, ó muerto se elimina de su obra, formando una entidad distinta. Son pues los esfuerzos de los individuos, sillares que separadamente se arrancan de la cantera; es la Academia el arquitecto que con ellos va labrando el edificio del lenguaje pátrio.

Cierto que habrá ó puede haber algunos escritores mas entendidos en el griego, en el árabe, en el hebreo, en el sanscrito que alguno ó algunos de los Académicos; pero el cuerpo literario, de seguro que reúne en sí mas ciencia, porque es foco donde convergen los rayos de muchas inteligencias, mar donde confluyen las corrientes de múltiples conocimientos. Y aun cuando así no fuera, aun cuando apareciere un filólogo, asombro de las generaciones presentes y sonrojo de las pasadas, que atesorase mas erudicion que toda la Academia, uno de esos asombros lingüísticos inventores de vocablos, para quienes el idioma fuese blanda cera que se amoldase á todos sus caprichos; aun entonces, de seguro la Academia reuniria mas criterio literario, mas sentido comun, mas rectitud é imparcialidad de juicio para decidir sobre la bondad de la frase; mas tacto para escogerla, mas arte para pulirla, mas constancia para perfeccionarla.

En la naturaleza todo está relacionado. No existe autoridad que no tenga sus limites morales ó legales, escritos ó acostumbrados,

naturales ó convencionales: la autoridad de la Academia ni aun en su voluntario imperio, podía ser absoluta en materia de lenguaje.

Pelean en el hombre y en todo lo que procede del hombre dos principios opuestos: la tendencia á mejorar y el instinto de conservar.

Pobre alma desterrada del mundo, nacida para lugar mas alto, recordando su origen divino, aspirando á la perfeccion; lo nuevo le atrae con atraccion irresistible: vislumbra algo que no conoce y que quizá sea la realidad de lo que sueña, y esa esperanza es el acicate que le estimula á seguir tras el codiciado objeto.

Y como al tenerlo no se apaga su anhelar ardiente, desconfía, lo examina receloso, y como por su limitado entendimiento no abarca la verdad, la bondad y la belleza en todo su conjunto, una nueva faz de las cosas se le presenta y el lado que resplandeciente admiraba desde lejos, parecele de cerca obscuro y cercado de tinieblas, y otro que desde allí descubre, luce ahora deslumbrador y le llama con irresistible atractivo y para alcanzarlo deja lo que ya mira con desprecio y continua su interminable carrera.

Asi los que padecen la fiebre del oro abandonan los bienes heredados y el tranquilo hogar y el dulce amor de la esposa, y en regiones apartadísimas, anhelante el pecho, hundidos los ojos, registran los placeres, investigan las arenas, perforan los montes, y ébrios de alegría estrechan con mano temblorosa la pirita brillante que estiman oro nativo; hasta que el análisis les muestra que solo es azufre y cobre y arrójanla iracundos y buscan de nuevo con creciente afán y con desesperada impaciencia.

Sin embargo, sin esa suma de trabajo, en gran parte inútil; sin esos buscadores incansables; sin esos espíritus movedizos, descontentos, espoleados por la codicia; muchos mineros permanecerian ignotos, y la riqueza que esconde la tierra en sus entrañas no se convertiria en encanto de los ojos, brillo de la magestad, decoro de la hermosura, conveniencia universal, medio de satisfacer todas las necesidades materiales y de dar larga rienda á la satisfaccion de inefables gozes morales.

Por el contrario, cuando el instinto de conservacion predomina en demasía, todo le parece al hombre inmejorable: cree gozar de la bondad en su punto extremo, poseer lo verdadero en su esencia y en sus

derivaciones, conocer la belleza en su realidad y en todos sus atributos, y satisfecho de sí mismo y recreándose en sus obras, vive vida miserable é ininteligente.

Y si alguna vez la pasión de lo desconocido, nunca completamente apagada en el corazón del hombre, estremece sus fibras y su espíritu flaquea y algo más bueno, más verdadero, más bello se dibuja en lejanos horizontes; el temor dándole aldabonadas le detiene; tápase los ojos para no ver, recela de todo lo que no comprende, duda si al tender la mano á lo que se le brinda, se le escapará lo adquirido; tiembla al mover el pie, por si se hunde el apoyo que se le presenta robusto, y se resigna á vivir mal, por miedo de vivir peor. Así el infeliz á quien la catarata incipiente permite solo vislumbrar, entre nieblas y sombras, objetos confusos; resiste batírsela, y se conforma con vivir privado de la luz esplendente del sol; por el temor que le embarga de perder la débil claridad de que goza: cierto, sin embargo, que ese temor, esa inmovilidad, evitan muchas veces, que lanzado el hombre imprudentemente en maravillosas aventuras, corriendo tras mentidas apariencias, y engolfado en el borrascoso mar de engañadoras ilusiones, carezca el día del naufragio de un punto en donde abrazado á la tabla salvadora, llegue á descansar el amortecido cuerpo y reanimar el conturbado espíritu.

Y entre estas dos fuerzas una que le empuja, otra que le retiene, hija aquella de sus aspiraciones infinitas, hija esta de la propia flaqueza, ya despreciando lo que por poseído le hastía, ya avivándosele la afición porque teme perderlo; ya atraído por el encanto de lo que por lejano le deslumbra, ya desengañado al tocar la miserable realidad de lo que codiciaba, avanza, retrocede, se arroja impetuoso á lo porvenir ó se apega fuertemente á lo pasado.

La reflexión y la experiencia templan estos impulsos, mas siempre predomina en el hombre una de las dos inclinaciones que en corrientes paralelas y opuestas le conducen á encontradas orillas; y según su temperamento, estudios, compañeros, clase, se decide por lo ideal ó por lo práctico, por adquirir ó por conservar lo adquirido. Allí reina la imaginación, aquí el juicio; allí los hombres fogosos é iniciadores, aquí los reposados y firmes; allí los de oposición y ataque, aquí los de resistencia y gobierno: unos y otros son necesarios para el bien de la república, aquellos acelerando el movimiento con

sus ímpetus; estos templándolo con su prudencia; aquellos, como Blasco de Garay, descubriendo las maravillas del vapor, estos, como Fulton, dirigiendo y utilizando su fuerza inconmensurable.

Lo que sucede en el mundo político sucede en el mundo filológico. En la debida proporcion de ambos elementos, en que no se sobreponga ninguna de aquellas facultades, en que la imaginacion y la inventiva se sujeten al juicio y á la crítica, en que la crítica y el juicio no rechacen sistemáticamente la imaginacion y la inventiva consiste el ordenado progreso de las ciencias; que quien se entrega demasiado á la invencion, destruye, y quien la rechaza en absoluto, petrifica.

Indudablemente la Academia como todo cuerpo científico ó literario, es juicio, es autoridad, y huye de lo móvil y sospecha de las variaciones: sosegada, tranquila y reflexiva, adelanta incesablemente, pero con lentitud; que lleva consigo y ha de conservar amorosa el patrimonio heredado.

No es pues de ella el inventar vocablos, ni el establecer de rebato nuevos giros: si en raras ocasiones entrega al público una palabra ó una frase desconocida, cuando es necesaria y no ha brotado espontáneamente; esa es la excepcion, eso es lo extraordinario.

La invencion no puede encargarse oficialmente ni á una persona ni á una colectividad: la palabra aparece súbitamente hoy y mañana se pronuncia por todos los labios; pero segun el inventor es la palabra inventada; segun el objeto sobre el que recae la invencion, suele ser el inventor.

El adelanto de las artes, el refinamiento del gusto, las exigencias de la civilizacion, el ansia insaciable del goce que busca avivadores al gastado apetito; producen nuevas invenciones y objetos nuevos que han de designarse con un nombre nuevo. Ese contingente trae la industria; pero ¡Dios mio, qué contingente!: el químico ó el mecánico que en el laboratorio ó en el taller han agotado su ingenio en discurrir y su ciencia en aplicar; se afanan y sudan para el bautizo de su invento: menos difícil les seria encontrar el específico maravilloso que ha de convertir el carbon en precioso diamante, ó el punto de

apoyo para la palanca de Arquímedes, que tropezar con el nombre adecuado. Tras largo discurrir no encuentran mejor solución que designarlo con su apellido, que dá á conocer al inventor, pero no el invento, ni cualidad ninguna del invento. Ejemplo sea la gran industria á la que convergen los esfuerzos de la Europa entera, como medio potentísimo de extender las conquistas de la moderna civilización: cañones Barrios, Blackey, Plasencia, Armstrong, Krup, Witworth; carabinas Minié, Soriano y Wentzel; fusiles Chassepot, Remington y Berdan: no hay mas allá; no esperéis otra cosa de la industria, del arte, del oficio.

No quiero ocuparme de los que inventan sin saberlo, de esa nube de escritores escribientes que nos circunda con una atmósfera de barbarismos tan tenaz y tan crasa, que al fin llega á influir hasta en los temperamentos mas robustos. Ignorando los orígenes del lenguaje ó equivocándolos; creyéndose en su presuntuosa ignorancia maestros y con autoridad para enseñar, amamantados por lo general en la extranjera y exótica frase y á veces agenos hasta de esa semi-instrucción, plaga de las presentes generaciones, emplean palabras nuevas ó aplican las usuales tan torpemente, que mueven á enojo, ó á lástima ó á risa.

A menudo, filólogos llenos de años y de saber, Sumos Sacerdotes del idioma y poseedores de sus mas recónditos misterios, se empeñan en mejorarlo, en perfeccionarlo, creyendo de buena fé que es hijo natural y legítimo del estudio y de la ciencia. Y obcecados con este error, establecen *á priori* un lenguaje perfectamente lógico, con número, peso y medida, ajustado al marco inflexible de leyes matemáticas, y pasan la vida laboriosa y afanadamente, perfeccionando sintaxis, corrigiendo prosodias, reglamentando ortografías; inventando terminaciones que denoten por sí mismas los atributos de las cosas; entronizando palabras matrices vaciadas en el hebreo ó en el griego, ó en el arabe, ó en el chino, y muere el sabio inventor, y gramáticas y terminaciones y palabras y leyes inquebrantables le acompañan á la tumba; como á la muerte del poderoso Jefe de la tribu se entierran con él sus tesoros y sus mujeres y su caballo y sus mas afectos servidores.

De vez en cuando un orador eminente, Rey de la tribuna, que arrastra con su poderosa elocuencia á las muchedumbres, se apodera del idioma pátrio y sin mas reglas que su colosal talento y su ingé-

nita osadía, centuplicados por el ardor de la lucha, busca palabras que hieran á su adversario, gran adulator de las heces sociales, y no encontrando en la lengua mas que la de *popular* y *plebeyo*, débiles, incoloras, que no expresan con fidelidad su idea, las abandona desdeñosamente como arma inútil y de sus lábios contraídos por la indignacion brota la de *populachero*, dura, enérgica, exactísima, que llevada en alas del periódico se extiende á los cuatro vientos y se hace comun en la conversacion, en el discurso y en el libro.

Poetas de imaginacion exuberante hasta el desenfreno, para quienes la autoridad es nombre vano; las reglas, intolerable esclavitud, y estrechos y angustiosos los dilatados horizontes de la filología científica; crean tambien palabras, locuciones, estilo, escuelas. Dioses rodeados de tempestades, arrojan en sus arrebatadoras inspiraciones, un aluvion de vocablos peregrinos, un torrente de frases nunca oidas, un diluvio de giros singulares, ya conformes, ya opuestos al espíritu del idioma.

Semejantes al Nilo, cuando se despeña de los altos montes de la Abisinia y rugiendo se derrama por las llanuras, que todo lo arrolla, hombres y ganados y árboles y edificios; pero al mismo tiempo mezclado entre sus revueltas destructoras ondas lleva el limo fecundador que ha de producir las maravillas de los campos Egipcios; con sus pensamientos gigantes, con su sobrehumano ingenio, con lo atrevido de sus concepciones, deslumbran, fascinan, avasallan; y muchas de las palabras é idiotismos hijos de su potente fantasía, objeto al nacer de acre censura ó de punzador sarcasmo, sobreviven y triunfan y se aceptan por todos y ensanchan maravillosamente los límites de la lengua de Castilla.

Tambien el pueblo, esa multitud sin nombre, confusa amalgama de todo lo que no sobresale en la sociedad, que lo circunda todo, que lo envuelve todo, como el aire á la tierra; de inteligencia escasa, pero de corazon crecido; que no reflexiona, pero siente; que no se convence, pero se persuade; que no estudia, pero que adivina; inventa y no poco en materia de lenguaje. Y consiste en que ese medio de expresar ideas, afectos y sensaciones, es facultad innata en el hombre, atributo importantísimo de su naturaleza, signo externo de su racionalidad. Por ello en todos existe el gérmen de la invencion; porque todos piensan, todos aman, todos sienten.

El lenguaje, esto es, la palabra, el idiotismo, el giro, nacen á menudo, no de la cabeza, sino del sentimiento: las grandes pasiones, los afectos profundos son manantiales perennes de heróicos hechos y de elocuentísimos dichos; de aquí, que á lo mejor el vulgo iliterato produzca esas flores de la lengua, brotes de un corazón impresionable, que encantan por la sencillez, que admiran por la exactitud, que asombran por la profundidad, que arrebatan por la poesía, que conmueven por su cándida delicadísima ternura.

Pues bien, los sabios con sus lucubraciones etimológicas, los industriales con sus menguados inventos, el poeta con sus magníficas inspiraciones, el orador con sus arrogantes licencias, el vulgo con sus conceptos vigorosos, y aun á veces, hasta esas pobres cabezas que sin saberlo usan nuevas voces ó corrompen las antiguas, todos pueden contribuir al crecimiento del idioma, porque todos inventan; mas ninguno tiene autoridad para imponer á los demas como castigos esos vocablos; solo la Academia es la llamada á juzgarlos, y como no debe juzgar en causa propia y en causa propia juzgaria si inventase, ha de reconocerse y convenirse en que el límite de su autoridad es la invención é introducción de palabras desconocidas.

No es el lenguaje en su primitivo origen creación del hombre; de mas alto proviene: único (2) y recibido de Dios al principio de las edades, se confundió despues en los campos de Sennaar, y como resultado de esta confusion se dividió y con él la humanidad en agrupaciones distintas. Estas agrupaciones, adicionando, olvidando y modificando formaron su peculiar lenguaje; apropiado á su carácter, á sus inclinaciones, á sus necesidades.

El Inglés, orgulloso y práctico, para quien el tiempo es dinero; úsalo conciso, cortado, esdrújulo, monosilábico. Un minuto que ahorre en hablar, puede dedicarlo á ocupaciones que le produzcan un penique ó evitar que se retarde el cumplimiento de una orden. ¡Admirable idioma para cálculos y cuentas y arrogantes preceptos!

El alemán, filósofo, razonador y metafísico tiene mil palabras compuestas, y sus partículas conjuntas modifican el pensamiento, lo

(2) *Erat autem terra labii unius et sermonum eorumdem.* Genes. cap. XI, vers. I.

hacen mas intenso, evitan á menudo explicaciones y perífrasis, definen una idea complicada ó varias ideas correlativas; por mas que el abuso con que los hombres científicos las amontonan, sea causa de que olvidado el entendimiento de los rasgos distintivos del objeto que desea conocer, se pierda entre el caos de lejanísimas relaciones y analogías que han querido expresarse con aquella superabundancia de preposiciones. Por ello cuando esa forma se trasplanta á nuestro suelo, que por su índole la resiste; no hay agua sedativa con virtud bastante para el alivio de una cabeza española que se empeñe en averiguar y fijar con completa certidumbre, la razon de la sin razon de una filosofía transrhenana, envuelta en gerga hispano-germánica.

El francés, burlon, ingenioso y ligero, posee un lenguaje que se presta admirablemente á los equívocos, á los retruécanos, á las frases de doble significado, á los logogrifos, á toda clase de juegos de palabras; pero mas apegado al goce de los sentidos, que á los sueños del espíritu, si la inspiracion le arrebatara y quiere hablar el lenguaje sublime de los Dioses, lucha en vano con el instrumento. ¿Por qué no he de decírló? las magníficas poesías de Racine y de Corneille y de Lamartine y Víctor Hugo, he de leerlas con la mente, sin pronunciar las palabras: si las oigo, el libro, á pesar de sus grandiosos conceptos, se me cae de las manos, y yo quebrantado por la pesadez insufrible de aquellos versos siempre agudos, por el perpetuo sonsonete de aquellos consonantes monótonos, padres del fastidio ó indisputados abuelos del sueño. Magnífica carroza arrastrada por las antiguas calles de Madrid: mullidos y suaves almohadones que convidan á la meditacion y al descanso; mas los pedernales del piso, no consienten un punto de reposo.

La lengua del Dante, dulcísima lisonja del oido, falta de consonantes y sobrada de vocales; qué indica si no que es propia de un pueblo apasionado, afectuoso, indolente, poco apto para el trabajo continuo y varonil que necesite esfuerzos materiales? ¡Oh! dejad, dejad al legítimo sucesor del pueblo de Augústulo que tendido en el pórtico ó encerrado en el gabinete ó reclinado en la terraza sufriendo el sol volcánico de Sorrento, amortiguando su luz con ricas telas ó burlando sus rayos con el follaje de la caprichosa enredadera, goce adormecido del *dolce far niente* ó escriba sutiles y delicadas ar-

gracias diplomáticas, tan flexibles como su lenguaje, ó prorumpa en dulcísimos concetos de amor y de ventura. No pidais otra cosa á la lengua italiana: exigírsela, es exigir que un niño con su infantil acento recite las glorias del trabajo ó los horrores de luchas implacables: no sienta bien, frase austera y robusta en aquellos suavísimos sonrosados lábios de los que solo deben salir cantos de felicidad, tiernos acentos, gracias infantiles.

Hé ahí al pueblo español, grave, religioso, severo; mas especulativo que práctico; enérgico y viril, sin ser desabrido ni adusto. En su idioma, feliz combinacion de vocales y consonantes, no busqueis nombres propios de oficios, de artes, de industrias; se los prestan los extranjeros: mas no hay idea moral, ni aspiracion religiosa, ni noble hazaña, ni virtud encumbradísima, á que no responda con acento grandilocuente, con frase propia, con períodos rotundos, con epítetos arrebatadores que forman la delicia de los propios y la admiracion de los extraños.

Hay pues en todo idioma cierta cosa sutil, impalpable, que se conoce por intuicion, que se escapa al análisis, que constituye substancialmente su individualidad, que le distingue con sello original, que forma su índole, que sobrevive á todas las variaciones; arca santa que flota entre misterios sobre las aguas procelosas del uso; perfume exquisito que se infiltra en todas sus partes; el espíritu del lenguaje. La conservacion de ese espíritu, el rechazar toda forma que no se adapte á esa regla universal; toda frase que no se vacie en ese molde; todo giro que se aparte de esa tendencia; toda construccion que no se ajuste á esa medida; todo período que contradiga á ese elemento constituyente; eso es lo que incumbe en especial á la Academia, eso lo que ha de conservar la Academia, eso lo que ha de defender la Academia contra las ciegas invasiones de la ignorancia, contra los meditados ataques de soberbios atrevimientos.

Pero ademas de ese espíritu estan las palabras; aquel, alma; estas, cuerpo del idioma. Para mantenerlas, para fijar su verdadera significacion, para que no se pierdan sus distintas acepciones, para volver al comercio literario las que inmotivadamente han caido en desuso, nécesita la Academia el incesante trabajo del Diccionario, acudiendo á las fuentes del lenguaje, á las abundosas canteras de donde han de extraerse los materiales, á los riquísimos mineros que mantienen la

magestad y riqueza de la lengua, á nuestros escritores de los siglos XV, XVI y XVII.

Difícil es, que en materias literarias, morales, filosóficas, teológicas; en fin, en cuanto tiene relacion con los estudios psicológicos, haya necesidad de inventar ni de admitir voz alguna extranjera; todas se encuentran en las obras de nuestros grandes escritores ó pueden derivarse natural y fluidamente de las empleadas en ellas.

Mas no puede defenderse el uso vulgar de todas las palabras solo porque se encuentren en los libros clásicos. Las hay, que si bien castizas y propias, el uso las ha relegado al de las capas ínfimas de la sociedad; de ello, que la voz que se oía sin extrañeza y aun la que se saboreaba con deleite, por pintar con vivo extremo la idea, hoy hiere desapaciblemente el oído escrupuloso y no se pronuncia ni se escribe por personas bien educadas.

Nuestro gran hablista F. Luis de Leon, cuyo dulce estilo encadena el alma, en su incomparable obra, *De los nombres de Cristo* (1): usa palabras que hoy están proscritas sin apelacion.

A medida que la cultura y la urbanidad ganan, mas susceptible es el trato social. Por ello, las voces que olvidando la alteza á que su buena suerte las habia sublimado, se avillanan hasta el punto de convertirse en propiedad exclusiva de Yangüeses y mozos de mulas, necesitan del Jordan de muchos siglos para recobrar, si alguna vez les es posible, la dignidad perdida.

Fuera pues de estos casos de excepcion, obligada está la Academia, cuerpo docente literario, á conservar el uso de las palabras antiguas, el tesoro del idioma pátrio, y si cuando hay necesidad de expresar un objeto ó una idea, la satisface recordando y volviendo al comercio público palabras ya sabidas solamente de escudriñadores filólogos, ó locuciones propias, largo tiempo en desuso, que evitan perifrasis enervantes y desmayados rodeos, ha hecho un servicio eminente al idioma y á la patria.

No ha de ser sin embargo el espíritu de conservacion del idioma tan absoluto, que impida su crecimiento y desarrollo, En la robusta virilidad del cuerpo humano, ¿donde los diminutos frágiles miembros encanto de los ojos, que embebecidos le contemplaban en la cuna? y

(1) Lib. 3.º § 1.º pág. 173 edic. de Rivadeneyra.

sin embargo los miembros son los mismos: por un lento é insensible trabajo de la naturaleza, asimilándose las substancias afines de los alimentos, segregando las inútiles y expeliendo las nocivas se han cuadruplicado los huesos, se han ensanchado los vasos, se han robustecido los músculos, se ha llegado á la transformacion completa del niño en hombre.

Como el cuerpo humano, se halla sujeto el cuerpo lingüístico á modificaciones progresivas. Por la lenta é insensible elaboracion de los siglos, que ensancha el círculo de los conocimientos humanos, que rectifica las ideas, que pule y civiliza á los pueblos; se multiplican las relaciones sociales, el lenguaje á la par vá creciendo, robusteciéndose, fijándose; pero sin perder su índole primitiva, sus voces rudimentarias y sus giros infantiles, hasta llegar al punto de su mayor perfeccion y grandeza.

Si nos empeñásemos en valernos exclusivamente de las palabras y frases conocidas, para expresarlo todo; en no aceptar nuevas voces para nuevos objetos, para nuevas invenciones; en no descomponer las ideas múltiples, ó pensamientos complexos por medio de vocablos que demostrasen sus gradaciones mas ó menos significativas, sus variados matices, mas ó menos intensos; caeríamos en espantosa confusion y obscuridad y en lamentable atraso en el continuo adelantar de los tiempos; porque forman tan amigable consorcio los conceptos con los signos que los declaran, que no se inventa una palabra científica, sin que se dilaten con nuevas conquistas los dominios de la ciencia.

Pero mas que este peligro corre el idioma el contrario: los neologismos son de suyo invasores. Entregado el mundo á la disputa de los hombres, las ideas modernas y los errores de hoy caen con impetuosa juvenil energía sobre las antiguas ideas y sobre los arraigados errores, y lo nuevo y lo viejo en empeñada lucha forman múltiple y vertiginoso conjunto en que triunfan casi siempre las cándidas ilusiones de mejor porvenir.

Asi las palabras que expresan estos diversos objetos, estas ideas distintas, estas contrapuestas tendencias siguen igual fortuna, y al par que aquellas se imponen y vencedoras brillan con luz mas esplendente, estas se obscurecen con sombras mas profundas ó se hunden en los insondables abismos de lo pasado.

Y este movimiento de transformacion irreflexivo y ciego, que vendria á ser como el de todo cuerpo que no tropezara con obstáculos, irresistible, arrollando cuanto se le opusiera, lo variable de suyo y lo que debe permanecer en todo tiempo; ha de encontrar un dique robustísimo en la Academia, para que de todo ello discierna lo que hay de necesario y lo que hay de inútil, lo que hay de razonable y lo que hay de caprichoso; y abra anchísima puerta á lo necesario y razonable y repela con todos sus alientos lo inútil y caprichoso.

De lo que se infiere que la Academia no ha de limitar sus trabajos á la simple conservacion del lenguaje, tal como nos lo legaron nuestros predecesores; sino que ha de ocuparse asiduamente en aumentar su caudal con nuevas palabras é idiotismos nuevos, en *conservar mejorando*. Y mas que el simple conservar es difícil la mejora, de la que es condicion indispensable el elegir; como lo es mas la tarea del Juez que ha de fallar convenientemente árduo litigio buscando la justicia desfigurada por el hábil pincel del hipócrita sofisma; que la del abogado que consagra sus talentos al triunfo de un cliente, amontonando en su pró cuantas razones le sugiere su agudo ingenio, falsas, aparentes y verdaderas.

La Academia al elegir y adoptar nuevas frases y palabras nuevas, no puede obedecer á reglas inflexibles, si no que su criterio ha de ser libre, aun cuando basado casi siempre en el uso prévio que se haga de aquella palabra ó de aquella frase. El uso ha de ser pues, la estrella polar de la Academia; pero el uso acostumbrado, el uso cuando llega á constituir costumbre. Porque no basta el uso, esto es la repeticion actual, la repeticion durante un período mas ó menos largo de ciertos actos, de ciertas palabras; no: se necesita la costumbre, la continuacion de ese uso por largo tiempo, la posesion legal, plena, digámoslo así, en que está la palabra de ser usada: puede emplearse una frase por muchos, por todos, y sin embargo ese uso no constituir costumbre. Hace relacion el uso, á la extension del empleo de la palabra; hace relacion la costumbre, á la duracion de ese mismo uso: es aquel, el levantamiento del edificio; es esta, la perfeccion del edificio que se reconoce sólido y durable: es el uso, el hecho; es la costumbre, el derecho; el uso consagrado por el asentimiento universal.

Mas el uso puede recaer sobre palabras nuevas aplicadas á objetos nuevos, ó sobre palabras nuevas, aplicadas á objetos significados ya por palabras antiguas, que han de quedar anuladas ó substituidas ó modificadas.

Respecto á las primeras, la Academia ha de ser laxa: para aceptarlas, solo ha de atender á su naturaleza. Las hay que responden á caprichos del momento; efimeras, cuyo nacimiento y muerte preside el mismo sol: las hay que representan intereses fijos, ideas adquiridas, y nacen con signos inequívocos de vitalidad. Corresponde á la Corporacion, con la piedra de toque de su criterio, distinguir las unas de las otras, apreciar su necesidad; y si esta existe, aceptar el vocablo, aunque la costumbre no haya sancionado el vulgar uso. Solo cuando la voz sea bárbara, solo cuando sea completamente extranjera ó en su composicion no se haya obedecido al espíritu del idioma deberá rechazarla, si encuentra otra que, significando lo mismo, vista el airoso traje español: mas guárdese de desechar la palabra nueva, sonora y significativa, solo por ser nueva; que no ofende impiadoso la veneranda memoria de sus ascendientes, el que mirándose en el campo heredado como en las niñas de sus ojos, lo ensancha, lo mejora y lo embellece.

No es necesario, digo mal, no estimo necesario, que la voz, para que tome carta de naturaleza, se haya usado por tres autores ilustres; de desear es y conveniente es su consagracion por los grandes ingenios, pero no la juzgo indispensable. Cuando tres ó mas autores de los reconocidos como maestros la usan, el exámen de la Academia es simplemente de fórmula para revestir de la autoridad legal literaria el uso que tiene ya á su favor la autoridad moral de los preclaros nombres que como buena la prohijaron; menos aun, puede decirse que el uso de aquella palabra no lo autoriza la Academia al incluirla en el Diccionario, si no que reconociendo el derecho que para ello le asiste, se limita á colocarla en el lugar que desde su nacimiento le tenia preparado.

Pero aunque no esté usada por los clásicos, si la voz es necesaria y forma parte del comun lenguaje y se ajusta en su composicion á las reglas exigidas, no ha de tener la Academia tan exígüas atribuciones que su criterio compuesto de la suma de los criterios de todos sus individuos, muchos de ellos con méritos bastantes para que se les acate como

maestros, no se considere con sobradas garantías de acierto para allegar al tesoro del idioma español una nueva adquisición que lo enriquezca.

No se entienda por ello que es nuestro ánimo sostener que la Academia, corporación tan grave, tan detenida en sus fallos, deba seguir en todas sus variaciones el uso vulgar, de suyo ligero y tornado, no: lo que sostenemos es, que no ha de rechazar la palabra eufónica y significativa que substituye á otra ó que aumenta el número de las admitidas, solo porque no la conocieron ó la despreciaron los grandes maestros de la lengua.

Con mas mesura se ha de obrar cuando la palabra nueva se presenta sin mas títulos que su novedad, existiendo otra propia y castiza, que significa lo mismo y que ha de quedar anulada: entonces si que para la aceptación ha de ser la Academia escrupulosa y nimia; entonces, si que es necesaria la lucha, el recuerdo al público de que para aquel objeto ó idea existe voz propia; entonces sí, que para adoptarla como hija legítima, es indispensable la autoridad de escritores renombrados que en sus obras la estampen; entonces sí que solo debe ceder la Academia, cuando proclame su adopción el sufragio universal.

Pero sí, aunque exista la palabra castiza y propia, es repugnante, acepte sin vacilar la innovación para que se difunda hasta los mas remotos confines. Por lo comun el uso fuerza á la admisión de muchos vocablos, necesario es á veces forzar ese mismo uso, obligar á que se use la palabra elegida, valiéndose de todo el poder moral con que inviste á la Academia el asentimiento público.

Como en todas las cosas que caen bajo la jurisdicción del buen gusto, de ese sentimiento íntimo que no se explica, pero que ejerce sobre el mundo de la belleza indisputable soberanía, acontece en los idiomas. Hay palabras que hieren desagradablemente el oído delicado, bien por su estructura, bien porque representan la parte mas abyecta del objeto, ó lo representan en toda su grosera desnudez (1).

(1) Observación fue ya de Cervantes: «ten cuenta Sancho (hace decir á D. Quijote) de no mascar á dos carrillos, ni de *erutar* delante de nadie —Eso de *erutar*, no entiendo—dijo Sancho, y D. Quijote le dijo:—*erutar*, Sancho, quiere decir regoldar y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; así la gente curiosa se ha acojido al latín y al regoldar; dice *erutar* y á los regueldos *erutaciones*, y aun cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo

No es necesario advertir que la poesía, la verdadera poesía que embellece cuanto toca, puede en ocasiones, con gran efecto y dando robustez al estilo, componer magníficas frases con esas palabras repulsivas; sino huellan los límites inquebrantables del decoro y de la pública honestidad.

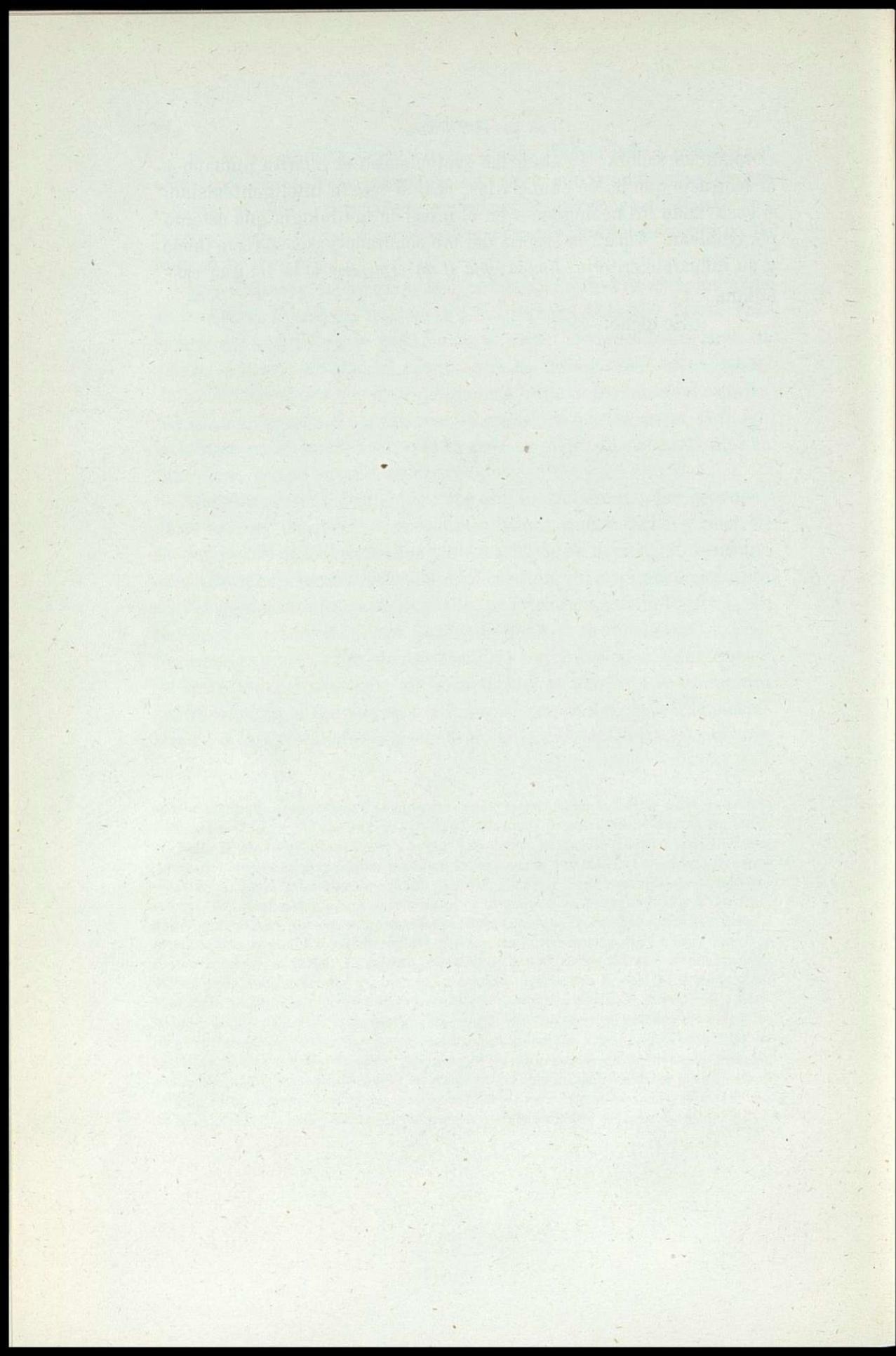
Reguladora y legisladora la Academia, tócale discernir las unas de las otras, sujetar las modernas á la turquesa de la etimología, restringir las antiguas á su prístino significado, corregir los errores en que se incurra, enseñar el camino que ha de seguirse; ceder, resistir, modificar el uso, encuadrándolo en el inflexible marco del espíritu del idioma, que ha de infiltrarse en todas sus partes como el fuego se infiltra en el hierro, sin que la mas pequeña de sus partículas se libre de la accion incandescente.

Por este continuado choque, por esta lucha perenne, por este conjunto informe de goces y necesidades físicas, que se sacian y renacen sin reposo; de descubrimientos y aberraciones de la ciencia, de arranques elevados y miserables caidas del corazon, de inspiraciones y abusos del genio, de errores múltiples y aciertos casuales del vulgo, de olvidos y de rehabilitaciones, de adquisiciones y de abandonos, de neologismos y de arcaísmos, de resistencias y capitulaciones, de ataques y de defensas; al transcurrir algunos siglos, el lenguaje se encuentra modificado: en perjuicio-suyo, si la transformacion se debe á la casualidad ó á la ignorancia; con ventaja, si la ciencia la dirige; si una

«con el tiempo que con facilidad se entiendan y esto es enriquecer la lengua sobre quien tienen poder el vulgo y el uso.» Lo que predecia Cervantes ha sucedido: el uso ha ido introduciendo la voz latina, destronando á la española declarada ignoble y baja. Y esa delicadeza del gusto envuelve en sí exquisitas y sutiles distinciones de significado. Cervantes solo pensó en substituir el uso de un vocablo por otro sinónimo y á pesar de no haber habido declaracion expresa, insensiblemente, sin darnos cuenta, la sinonimia ha desaparecido y la idea que quiere determinarse por ambos, no es idéntica. Porque si bien con ambas palabras se designa el mismo acto natural é involuntario del hombre, no lo representan de la misma manera y con los mismos accidentes. La palabra primitiva es la designacion del acto inculto, incivil, mal educado, rebosando vino y carne que nos causa repugnancia y asco por el modo y por el motivo; mientras la neológica representa el acto excusable, reprimido en lo posible, evitado casi siempre, hijo de la indisposicion del cuerpo, envuelto entre el perfume del anís y los tibios vapores de la manzanilla que nos causa lástima como signo de dolencia; y de todas estas circunstancias que hieren instintivamente nuestra imaginacion, sin que las analicemos, sin que reflexionemos siquiera sobre ellas, proviene en mi opinion, que la palabra que expresa el defecto, repugne tanto al labio, que se elimine de la conversacion culta; mientras que sin embarazo se usa la que expresa la necesidad natural ó la consecuencia del padecimiento.

Corporacion celosa, atenta á las evoluciones del espíritu humano y al lenguaje que ha de enunciarlas, cede ó resiste inteligentemente; si ensayando los neologismos en el crisol de la filología que ostenta por emblema, separa la escoria del oro cendrado y con su recto juicio y su inflexible criterio, *limpia, fija y da esplendor* á la lengua castellana.

He dicho.



DISCURSO

DE

DON FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

EN CONTESTACION AL ANTERIOR.

Dos nombres, señores Académicos, ha dado como por santo y seña el nuevo compañero al llegar á vuestros umbrales; y yo, que en vuestro nombre salgo á recibirle, y en el de nuestro Director á presentársle, esos propios nombres recojo, como de tan grata recordacion.

Teneis ya, en efecto, en vuestro seno al digno y legítimo sucesor del Sr. Olózaga, en ese propio sillón, cuya gloriosa cronología arranca del diligente y exacto historiador de las guerras de sucesion, Marqués de San Felipe, y que esmaltaron despues, con varia fortuna, el humanista Zapata, el poeta Huerta, el arabista Conde, el Ministro expatriado, comentador del Quijote, D. Ramon Cabrera, y por último el economista Valle, y el tan prematuramente malogrado Sr. Saavedra Meneses.

Pero otro nombre invocaba el nuevo Académico, al empezar su discurso, con cierto como religioso respeto, y á este no puedo yo tampoco dejar de salir siempre al encuentro, abriéndole ya que no pueda ¡ay de mí! los brazos, á lo ménos de par en par el corazón; el de nuestro insigne y querido Aparisi y Guijarro, de dulce y para mí hasta veneranda memoria, cuya voz oísteis con encanto, y á quien premiásteis una y otra vez como Poeta, cuando á los Poe-



tas llamábais á cantar á Bailen y á Tetuan, las dos mayores glorias de la Patria en la Historia contemporánea. Viven para siempre en vuestros anales aquellos patrióticos versos: los primeros, dignos de Herrera; los segundos, que á par de los de vuestro Quintana, pueden emular con los de Tirteo. Su elocuencia, triunfadora en el foro y tan poderosa en la tribuna, tampoco ha llegado á vosotros sinó del otro lado del sepulcro, pero para dejaros eterno memorial de santos deberes y de dulces y melancólicos recuerdos (1). Hoy os le envía tambien, si más alegre, no ménos caro; y yo cumplo su encargo, trayéndoosle de su parte.

Teneis, en efecto, en el Sr. D. Leon Galindo y de Vera no solo al sucesor de Olózaga sinó al heredero de Aparisi, al participante de sus estudios, al representante de su espíritu. Y si yo, en verdad, no acierto cómo se pueda encarecer este elogio, todavía, para justificarle, habré de apelar al mismo Aparisi, habré de hablar con vuestro testimonio, y de coger, en fin, como al vuelo, algunas de las palabras del nuevo Académico.

Y ante todo, aquel ánimo ingénuo, que era todo verdad y todo modestia, á quien no ocurrió nunca la idea de contarse entre vosotros, sobrecogiéndole en la calle la inopinada y acertadísima intimacion de su candidatura, que tuvo la gloria de hacerle el Sr. Campoamor, y que á poco tiempo ratificó vuestra sabia votacion, lo que para sí ni imaginaba siquiera, eso deseaba, eso quería para el señor Galindo de Vera. Esta confianza le debí por suerte; y ese honroso encargo, santo para mí despues de su muerte, me propuse cumplir cuando entre vosotros, á pesar de mi pequeñez, intenté su candidatura. Hicelo en verdad no por mí solo, que tanto no pudiera, sinó con poderoso y autorizado auxilio, el de los señores Nocedal y Fernandez-Guerra (D. Aureliano), que conmigo subscribieron la propuesta. Y á esto, sin duda, y no ménos á lo que vosotros de él conocíais y sabíais de antemano, se debió el éxito. Navegábamos con rumbo á la estrella de Aparisi, en mar de bonanza, que tal es siempre el de vuestra genial benevolencia, con vientos prósperos de nobles y merecidos triunfos del candidato: fuimos,

(1) Véase su discurso de recepcion en la Academia, que no llegó á leer, y se ha publicado en las *Memorias* de la misma.

pues, viento en popa á arribar á seguro puerto, la suspirada siempre, y rara vez conseguida unanimidad, que dobla el precio del favor. Permitidme que diga en vuestro nombre que la dábais á quien con raro, y acaso nunca visto ejemplo, en el espacio de un solo año ganó tres primerós premios en concurso público contra valiosos competidores, en tres distintas Academias: la de la Historia, la de Ciencias Morales y Políticas y la vuestra. Fué vuestro laurel, discernido también con asentimiento unánime, en asunto esencialmente filológico, que son los de más alto valor en esta liza. Falle el mundo literario si es ó nó de cantera académica el vencedor de tales hazañas.

Sabeis además en cuántas sesiones os ha presentado vuestra Comisión de Diccionario las copiosas propuestas de nuevas voces y acepciones para el mismo, hechas por el Sr. Galindo; y si el agradecerlo es deuda, el declararlo públicamente no solo es cumplida recompensa para quien la recibe, sinó estímulo á cuantos como él contribuyen á poner su parte en esta mies gloriosa, que con provecho de la Patria y de la lengua, allega de todas partes y acrecienta nuestra Academia.

Levantando, ante todo, la mente al ideal de la misma, encuentra hoy el Sr. Galindo inscrito en su frontispicio, como sublime emblema, el VERUM, BONUM ET PULCHRUM, que abarca todo género de belleza, la cual, partiendo de la esencia misma de Dios, irradia sobre el hombre llenando su entendimiento, su conciencia y su voluntad. Gloria es, en verdad, de nuestra Academia abrazarlas á todas tres, por lo mismo que es objeto de sus meditaciones la lengua, que todo lo abarca, que es el órgano de la revelacion de Dios y de la sociabilidad, y á la cual, por lo mismo, nada de toda la humanidad es extraño. Y ¿cómo comprender el ejercicio de esta omnimoda accion y derecho sin obligacion correlativa, sin responsabilidad consiguiente, y sin autoridad que la defina y la regule y la exija?

Oíais, Señores, no há muchos años en este mismo lugar, asentar y probar esa propia tésis del principio de autoridad en materia literaria á uno de vuestros más ilustres individuos, el Sr. Rios y Rosas; el cual, caminando por el ingrato terreno de la filosofía, pero sin dejarse ligar por sus ataduras, llegó, sin embargo, con superiores luces y con su enérgica voluntad, á afirmar victoriosamente estas conclu-

siones, no sin sorpresa, y hasta con excesiva incredulidad de algunos de los extraños que le oyeron. Yo vine entónces hácia él por más fácil camino, hasta que sin esfuerzo nos encontramos reunidos.

En el mismo principio funda hoy sus conclusiones el nuevo Académico, que, parte por hallarlas probadas de antemaño, y parte porque, viniendo de donde viene, no ha menester pruebas ningunas para su tésis, se contenta con la simple afirmacion. Hay, en efecto, autoridad en materia de lenguaje; autoridad que no puede ejercer uno solo, que pertenece á pocos, escogidos, y si es posible, por todos, ya que no con sufragio universal elegidos, (que este á pesar del nombre, viene en realidad á ser imposicion de los ménos), universalmente aceptados y tradicionalmente seguidos.— Tan alta magistratura está confiada á nuestra Academia. Mas ántes de considerar por qué medios y con qué condiciones haya de ejercerla, estudiemos algun tanto las de este género de autoridad.

Observa el Sr. Galindo cuán necesaria sea la presencia de ella en todo órden religioso y científico, en todo cuerpo de doctrina, que tenga principios ciertos, y haya de estar en posesion de la verdad. Tan seguro es esto, que viene á ser como la piedra de toque de la legitimidad de toda ciencia, y el crisol donde se purifica y depura. Es la autoridad, en efecto, la memoria de los tiempos pasados, que aquilata lo presente y abre las fuentes de lo porvenir, sin la cual la humanidad navegaría á un tiempo sin brújula y sin lastre, en perpétua infancia, en interminables experimentos. Recordamos á este propósito haber oido en la Universidad de Sevilla á un ilustre Jurisconsulto, jóven á la sazón (1), mucho ántes de la declaracion dogmática de la infalibilidad del Sumo Pontífice, defenderla como absoluto é imprescindible coronamiento de la verdad y de la unidad católica, la cual, sin este criterio perpétuo é indeficiente, apénas podia concebirse, mientras que con él lograba su sancion última, y más evidente demostracion; al paso que, como por maravillosa contraprueba, este soló enunciado, que á ninguna otra autoridad en el mundo tan completamente corresponde, era por sí solo una demostracion concluyente de la divinidad de su origen.

Pero descendiendo de tan altas consideraciones á otro terreno

(1) El Sr. D. Manuel del Amor Laraña, hoy insigne Catedrático de Jurisprudencia de aquella Universidad, y una de las mejores lumbreras de su foro.

más llano para nosotros, entremos, Señores, en esta amable República de las letras, que con tanta fruición como maestría nos traza el Sr. Galindo, dando en ello tan exquisita muestra de saber cuanto de discrecion y cortesanía. No hay en ella (ya lo habeis oido) imperios, ni cetros, ni Césares, ni dictaduras. Obran en su seno dos contrapuestos elementos, la accion y la resistencia, sin que ninguna de ellas pueda predominar exclusiva, suprimiendo á la que la promueve ó contrasta. Ambas han de coexistir y funcionar á un tiempo, *moderatè permixta conformatione*, como decia el gran Orador y filósofo latino (1).

Tambien hay en esta República jurado, que sois vosotros; y mayorías que declaran la razon y distribuyen el derecho, ya que crear este sea de todos, y crearle y darle infaliblemente y en una pieza, no sea de nadie, porque nada humano es ni absoluto ni infalible; y estas mayorías que interpretan el voto de todos, que es el uso, tambien por el uso son juzgadas, y á sí propias se rectifican; y en esta incesante marea y circulacion con que la sangre afluye al centro, y del centro por todas las arterias se reparte, está la vida; en la cual, como en la sociedad y en las lenguas, con el estancamiento viene la corrupcion; con la parálisis, la gangrena, que, si no se extirpa, trae consigo la muerte.

Al lado de estos peligros recuerda el Sr. Galindo el terrible castigo de la confusion de las lenguas, impuesto á la soberbia humana en los campos de Senaar; pero de aquel castigo, envuelto en mucha misericordia, como suelen ser los de Dios, ayudadas de la Geografía salieron las naciones.

Otra más funesta y pequeña, como que viene del hombre, padecen los pueblos cuando de su carácter y condiciones se olvidan, y hacen que se olviden sus lenguas, viniendo á palpar sombras y tinieblas y acogiendo al acaso confuso rumor de discordantes sonidos, que chocan y pugnan con los propios.

Ahora bien: ¿cuál es el medio de prever y aun de reparar tanto desastre? Es el órden, es la autoridad. Con razon lo afirma el señor Galindo en una frase que no puedo ménos de recoger. Esta autoridad en la lengua es la Patria, es la nacionalidad.

(1) Cic. De Rep. Lib. I, c. XLV.

Por lo mismo quiere y ha menester que el poder central, que de ella cuida, sea fuerte, y más fuerte en España, como si fuera el único vínculo que liga y mantiene en uno ese haz de provincias, que llama federacion, cuya palabra suena entre nosotros como amenaza contra la unidad de la Patria. No es, por fortuna, no, la lengua, aunque tan firme, el solo fundamento, ni el único lazo que congrega y constituye á España. Por encima de este, y aparte de sus condiciones geográficas, de sus mares y rios y montañas, está el santo amor de su independencia, su carácter y su genio; su historia y sus tradiciones; sus mujeres y sus hombres; su manera de ser y de regirse; su trono y sus Ayuntamientos; sus Concilios y sus Córtes; su Dios, en fin, único en todo el ámbito de su noble tierra, en donde no cabe otro altar, aunque no sea sinó por el universal vacío que en torno de él se haria, y por la más eficaz de todas las intolerancias, la del desprecio.

Mas no es esto negar en manera alguna el poder de la lengua para reanudar y vigorizar todos aquellos sentimientos. á los cuales convertiremos más adelante nuestra atencion. Tratamos ahora de explicar cómo sucede en España sin mengua de la unidad este hecho providencial de la diferencia de dialectos, porque Dios ha querido que sea, y nada de Dios se hace en vano, y porque además tiene España fuera de su suelo intereses del corazon, para cuya existencia y conservacion es, si no el único, el principal elemento, esa autoridad que con tanta elevacion asienta el Sr. Galindo.

Un idioma completamente ajeno al nuestro, el vascuence, vive en España desde tiempos tan antiguos que no alcanza á discernirlos la Historia; y además del castellano, que es la lengua española por excelencia, coexisten con ella otros tres, ó más bien cuatro dialectos, derivacion de un mismo comun origen, que viven todos dentro de la Península. Son estos (aparte del asturiano) el gallego y el portugués, que es su derivacion ó perfeccionamiento, y el lemosin, que permanece en Cataluña, Valencia y las Baleares. Del primero, hablaremos más adelante; en cuanto á los últimos ¿cómo no considerar española á la lengua que salvó y restauró la Patria en Covadonga, que hablaron nuestros primeros guerreros y Poetas y escritores, en que se escribieron las Partidas, y que hoy mismo anda en

boca de aquellos naturales? Ni ¿cómo negar carta de naturaleza á aquella en que trovaba Macías y en que escribía sus incomparables Cantigas el Rey Sabio en un idioma que tanto se dá la mano con el portugués de hoy? Y si á la parte de Levante nos volvemos, ¿podrémos reputar por extranjera á la en que pensaron Raimundo Lulio y Luis Vives, y en que evangelizaba San Vicente Ferrer? Pues si á tiempos más modernos convertimos la vista, ¿rechazarémos á Jovellanos y á Campomanes; á Campmany y Bálmes; á Feijóo y Pastor Diaz, y finalmente á Aparisi y Guijarro, todos españoles y casi todos grandes glorias de vuestra Academia?

Y no que por ello pretendamos que todos estos dialectos sean una misma y sola lengua, que eso dista tanto de lo cierto cuanto nos es de todo punto innecesario: lo que afirmamos es que con todos ellos se ha pulido y perfeccionado el romance castellano, influyendo todos y cada uno de ellos en este; puliéndole y acrecentándole, é informando, sobre todo, su carácter hasta constituir esta noble y hermosa lengua española, tal como la tuvimos en nuestro siglo de oro, tal como todavía la heredamos de nuestros Padres; dando ella hoy mucho á aquellos dialectos y sin ofensa, como de caudal comun; y recibiendo de ellos, y de otras Provincias de aquende y allende de los mares, como de naturales tributarios. No es mia esta idea, es vuestra tambien, y académica: es, como vereis más adelante, del Sr. Musso y Valiente, mi ilustre Padre literario y uno de vuestros más claros ingenios. Oculto en la noche de los tiempos el lenguaje primitivo de los pobladores de España, un pueblo antiguo y venerando, que se asienta en sus costas y á lo largo del Pirineo, dándose la mano con el que ocupa la opuesta falda, no alcanza ni acierta á revelarnos este misterio. Hánle preguntado nuestros sabios, y hallando en el inventario de nuestra lengua frecuentes palabras procedentes de la suya, no encontraron en él la construccion ni el régimen. Mayores, y si no completos, indudables vestigios hallamos de la raza semítica ó ariana, de lo cual ya os hablaba hace tiempo un sabio Profesor de lenguas orientales, compañero nuestro, el Sr. Catalina. Tan útiles investigaciones han hallado eco en nuestros hermanos de América, que tambien se llaman hijos de este mismo origen, que les viene por doble abolengo en este supuesto, ya por sus aborígenes, ya por nuestra filia-

cion (1). Como quiera, con tales elementos, amalgamados con los que aportaron á nuestras costas en alas del comercio, se formó el primitivo idioma: «que al comunicarse entre sí los pueblos, decia aquel sabio Académico, el primer género que ponen de manifiesto, es su lengua.»

Aparte, pues, de las primitivas invasiones, que callan las historias, pero de que nos hablan las piedras, las cuevas y hasta la lengua misma, y que no es ahora ocasion de escudriñar; y ateniéndonos solo á las colonias é inmigraciones históricas, es indudable que, como comerciantes, aportaron á España, ó sucesiva ó simultáneamente, los Hebreos, los Fenicios (los de Tiro), más adelante los Griegos y Africanos (los Cartagineses), y más íntimos y persistentes que ningunos, los Romanos, cuyos vínculos con España fueron tantos que por la fé á ellos jurada consintió abrasarse Sagunto; y Numancia, despues de haber sido terror de su república, vino á perecer tambien con fuego, estrechada por sus armas.

Dominaron entónces su suelo los fieros vencedores, pobláronle con colonias y municipios, surcáronle vias, oprimiéronle ciudades romanas, hicieronle campo de batalla (¡desgraciada suerte de nuestra Patria!) y en su seno se combatieron y decidieron en gran parte aquellas graves cuestiones que entrañaban la dominacion y el imperio del universo, al cual preparaban, sin saberlo, (por medio de aquella maravillosa y fatídica unidad que ya no ha de acabar,) á la Luz, que iba á venir al mundo. Romano, pues, era en aquellos tiempos el suelo español; y sobre todo, romana hubo de ser en casi su totalidad la lengua española, singularmente la oficial y literaria.

Además de la fuerza de las armas, que suele ser precursora de otra más poderosa, la de las letras, costumbres é instituciones, otra civilizacion nos avino de Roma, todavía más extensa y universal y fecunda. Pero ¿qué decimos civilizacion! Era otro nuevo sol, un nuevo sér, una completa transformacion. Fué el Cristianismo, fué el Catolicismo. De nacion hebreo, pero ciudadano romano, que reclamaba sus derechos, desde Tarso, tal vez entre negociantes, aunque él á negociar no viniera, trájola San Pablo á las costas tarraconen-

(1) Véase la obra publicada en París en 1871 por D. Vicente Fidel Lopez titulada *Les race argennes du Per ou.*

ses, y sus discípulos la propagaban por las de Almería, en tanto que á las de Occidente aportaba el Hijo del trueno, el grande Apóstol de España, celestial Enviado, que haciendo en ella su principal mansion y volviendo á la misma cuando de sus términos salia, en fin en ella vino á quedarse perpétuamente, hasta que un dia, con sus hijos, comparezca ante El que le envió, sin haber perdido de ellos, ó de sus pueblos, á ninguno, conforme con la enseñanza del Divino Maestro.

Siguió alguna tregua de respiro, dispuesta acaso en el órden de la Providencia, para dejar que la nueva semilla prendiera, cundiese y se arraigara, no tanto á la sombra de la paz, como con el riego de la sangre de sus Mártires; y entretanto España envió sus hijos, romanos ya y españoles á un tiempo, al trono de los Césares, en Adriano, Trajano y Teodosio, ó como Maestros y Poetas y áulicos á los palacios en los Sénecas, Lucano, Marcial y Quintiliano, ó en San Dámaso al Pontificado; y otros grandes Obispos y Varones Apostólicos á sus Concilios y al gobierno de sus Iglesias. Despues, sobrevienen los Godos, antigua amenaza del Imperio Romano: ábrense sobre España tambien las cataratas del Norte, y destrozado el Imperio, de su corrupcion y despojos salen y se levantan nuevas naciones.

¿Cómo recibió España á sus rudos invasores, que eran además extraños á su culto? Recibiólos abrazada con su Fé, padeciendo sin desesperar, y al cabo de algun tiempo, fundidas ambas razas, fundida tambien, si no absolutamente, en gran manera, la lengua, (en que más que nada dá á entender su separacion de la latina, la pérdida de sus declinaciones y conjugaciones y la adopcion de partículas y el empleo de sonidos ásperos que encontramos en ella, y no son latinos), al cabo de algun tiempo, el suelo vencido venció á los vencedores.

¿Quién fué la gran restauradora? Fué la Iglesia, fueron los Concilios. Casi al propio tiempo que la restituyó Recaredo, junto á su solio y de su propia sangre aparecia, entre el brillante coro de sus hermanos, el gran San Isidoro, aquella enciclopedia de su siglo, luz del nuestro y en cuyas obras se columbran ya vestigios del habla española.

Pero otra gran prueba nos reservaba la Providencia. Á la inva-

sion del Norte correspondió despues otra del Mediodía. África, que ántes nos enviara á los Cartagineses, nos mandó tambien sus tribus errantes, con las cuales, por fortuna, vinieron los Árabes. La Religion todavía les disputó el terreno, y no se lo abandonó nunca por entero; pero su verdadero santuario y el corazon de la Patria se refugiaron en Covadonga á la sombra de la Monarquía. De allí, siete siglos de luchas y conquistas, que no hemos de seguir paso á paso. Bástenos saber que con ellas se salvó y al mismo compas de ellas apareció la lengua.

«Durante la reconquista, (dice el señor Musso) (1) hablábanse en España, como que en realidad, aparte de los Vascos habia en ella distintas naciones, diferentes idiomas. Los moros usaban el suyo, que hijo de clima ardiente y fecundo, traspasaba el fuego de este á las palabras y frases. Los de la corona de Aragon, en general, el lemosin, que era ó venia á ser el provenzal. Los castellanos se expresaban con su romance, embrion de idioma, que todavía casi no se habia formado. Tomaba este del provenzal, hermano suyo; tomaba del árabe, con quien hasta entón-ces no habia tenido que ver; y á pesar de ello, mostraba más afi-cion á formar de este que de aquel. No era capricho, sinó necesidad: del más sábio recibe siempre la ley el más ignorante. No obstante, vestia estas galas á su modo. Con lo cual el romance iba perdiendo su antigua rudeza, y poniéndose en disposicion de ser algun dia lengua no solo culta, sinó envidia de otras. Manejada despues por sus primitivos escritores y los que les sucedieron, cada dia la armonía era mayor, el ritmo más perceptible, la frase más correcta y desembarazada, la gracia empezaba á columbrarse, y ya en las Par-tidas su decoro daba á entender que las dictaba la boca de un Mo-narca. Notable es que estando el castellano todavía en la cuna, le tomaron á su cargo Reyes y personajes de alta jerarquía; y que cuando de su compañía se apartaba, se acogia á los misterios y te-chos de la Religion; puesto que el claustro era refugio comun en aquellos tiempos. ¿Qué maravilla se hiciese lengua de Reyes, con quien en señorío, póm-pa y grandeza no puede competir ninguna entre las vivas? Lengua que crecia entre el estruendo de las armas,

(1) Discurso de entrada en la Real Academia Española leído en 2 de Agosto de 1827 al tiempo de tomar posesion. Véanse las *Memorias* de la Aeademia, tomo III, pág. 106.

¿cuánta robustez debia adquirir! ¿cuánto vigor! Lengua que, apénas salida de la niñez, daba leyes á los pueblos ¿cuánta dignidad! Lengua que se complacia en ser cultivada por Príncipes y caballeros ¿cuánta gallardía y soltura! Lengua, por último, que en los versos entonaba loores al Omnipotente, ¿cuánta sublimidad!»

Perdonad, Señores, esta cita, si aun extractada, os ha parecido algun tanto larga. Ella, sin embargo, nos ha hecho adelantar sobremanera en nuestro propósito. Porque aparte de habernos demostrado la influencia sobre el romance castellano de los dialectos, sus hermanos, ya nos ha hecho fijar la opinion sobre su genio y carácter, cuyo estudio puso con razon el Sr. Galindo al lado de vuestra autoridad como único medio de ejercerla fructuosamente.

Sí, ya lo hemos visto: nuestra lengua nace en brazos de la Religion, y á la sombra de la monarquía; trae con la primera una alianza de diez y nueve siglos; y por medios de propagacion y de conquista tiene las misiones y las armas: nuestro estado es el de perpétua lucha; y no siempre con extraños; ¡ay! las más veces, con mayor amargura, de hermanos contra hermanos! «Suerte particular de nuestro idioma (prosigue vuestro insigne Académico), que casi no deja el santuario, sinó para salir á campaña, pues desde su principio hasta acabar su siglo de oro, apénas se encuentra escritor de mérito que no sea ó eclesiástico ó militar.» Así, pues, ni el que sea extraño á nuestra Fé podrá comprender sinó con gran dificultad nuestros clásicos; ni apénas será dable conocer á fondo nuestra lengua al que no estudiare y conociere nuestros ascéticos. Ved nuestro Teatro; y si queriendo penetrar por sus puertas, la Religion, la lealtad y el honor no os las abren, no pasareis de los umbrales: nada entendereis. Y no ménos á la mano podeis hallar otra comprobacion.

¿Habeis pensado alguna vez en la multitud de palabras, de frases, giros y refranes que, más que ninguna otra cosa, reflejan el genio de nuestro idioma? Háilos directamente derivados y relacionados con la Religion, con su Fé, con sus preceptos y sacramentos, con su espíritu y sus enseñanzas, con cada una de sus virtudes y los objetos de las prácticas y ceremonias del culto. ¿Habeis fijado vuestra consideracion en los que se refieren ó á la monarquía, ó á la persona del Rey, á su autoridad, á la personificacion en él de la Patria? No es nuevo en mí este estudio, que ciertamente da origen á muy curiosas

observaciones. Mas ya que en él no me detenga, porque no es de esta ocasion, permitidme decir siquiera algo de lo que al paso nos ocurra.

Con solo la palabra *Dios* (y sirva de muestra) basta para formar media lengua, bien que no es extraño, pues en verdad, no cabe en toda la Creacion. Unida con casi todas las preposiciones, forma la palabra *Dios* frases de diverso sentido. *A Dios* (en dos palabras y con inicial mayúscula la última) es forma de cristiano y afectuoso saludo, con que le encomendamos las personas á quienes encontramos ó de quien nos despedimos; combinadas en una sola y con letra minúscula la última, es la propia despedida.

Á dárte el *adios* postrero
llega ya tu triste amante,

ha dicho el Sr. Arriaza, uno de vuestros poetas. *De Dios* decimos que son las cosas que más manifestamente parecen ordenadas por su Providencia: tambien decimos que están *de Dios*. Con la preposicion *en* formamos un verbo de que hablaremos más adelante. *En Dios y en mi ánima* decian nuestros Padres para encarecer ó afirmar mucho una cosa. *Por Dios*, y con la palabra hermano, pide limosna el pobre, y *por Dios*, devolviéndole aquel cariñoso nombre, le pide perdón de no socorrerle el cristiano, por más alto que sea, sin que sepamos que á tan dulce fórmula haya alcanzado nunca la filantropía, cuya moral, de dudosa ley, ni su afectada cortesanía, llegar no pueden adonde raya la caridad. De *por Dios* sacamos el enérgico verbo y nombre *pordiosear* y *pordiosero*. *Sin Dios y sin ley* llamamos al *Atheos* griego, que tambien ha entrado en nuestro idioma, y al *alex*, de Horacio. Un *contra Dios* nos parece el despropósito que se opone á la ordenacion divina. Si pretendemos afirmar una cosa, decimos: *bien sabe Dios*: si referirnos al porvenir ó apelar á la Providencia, *Dios dirá*, *Dios proveerá*: si consolarnos en la contemplacion de las miserias humanas, *á todas partes alcanza Dios*: si testificar su justicia, *Dios castiga sin palo ni piedra*: si se malgasta el tiempo, decimos que *hemos perdido toda la mañana de Dios*: *nos dán á Dios, recibimos á Dios*, cuando sanos ó enfermos nos le administran. Espera, por último, el enfermo *la hora de Dios*, cuando ya destituido de todo auxilio, se halla en el último trance. Decimos *fuego de Dios, ira de Dios, cuerpo de Dios, la palabra de Dios*, con diferente y enérgico sentido; y no solo decimos *ángel*

de Dios y hombre de Dios, sinó que, extendiendo esta caridad hasta á los irracionales, tambien aludimos á ellos con cierta ternura, llamándolos *animalitos de Dios*. Sabeis que en España tenemos *la tierra de Dios*, y decimos que echa *por los trigos de Dios* el que, racionando, divaga sin hallar término ni salida. Y si de aquí pasamos á las frases y refranes, casi sin pensarlo nos saldrán al encuentro: *á Dios rogando y con el mazo dando; de ménos nos hizo Dios; Dios os guarde; ¡vaya por Dios!; vaya con Dios; ¡bendito Dios!; que de Dios haya; Dios y ayuda; de Dios nos venga el remedio; Dios sobre todo.*

Y cuenta que lo de ménos es que sean muchos; lo que más importa son los tesoros de religion, de fé y esperanza y amor, y por tanto de la más alta y verdadera filosofía, que contienen en sí, y reflejan sobre la lengua.

Ni se crea que cuando estos ejemplos citamos, rebuscamos palabras y frases que solo se usan entre gente devota. Úsalos el pueblo indistintamente, como es notorio. Y aun en labios de aquellos que más ajenos de la Religion ó de aquellas ideas parecen, no dejaréis de oír que se *endiosan* en la contemplacion de cualquier objeto que los arrebatara y transporta; vereis que no hay quien no *adore* y llame *divino* ó *inmortalice* lo que apasionadamente ama ó admira; que si se queja de lo que diariamente le acosa, no pregunte con amargura si esto ha de ser *el pan nuestro de cada dia*.

Y si todo buen español cuando se siente algo indispuerto dice que *no está muy católico*, no hay desdichado alguno tan descreido, que si cae, nose queje de que se ha *roto el bautismo*, ó, para amenazar al contrario, no le intime que *le romperá la crisma*, que por lo visto aun para él imprime carácter permanente: el más redomado tabernero entiende de *cristianar* y de *bautizar* el vino. Para el cristiano y para el que no lo fuere, habrá ya *prójimo* hasta la consumacion del mundo: aunque no sepa de Horacio, ni de parodiar su hemistiquio, dirá con Quevedo, y con la Religion, sobre todo en lo primero, al tratar de la necesidad ó de la pobreza,

que, siendo toda cristiana,
tiene la cara de hereje.

No hay español que no conozca el toque de *oraciones*, ni deje de entender lo que por esto se significa, aunque haya algunas docenas

que modernamente pretendan llamarle el *Angelus*; ni materialista en cuyos labios no suene el *amén* cuando le desean que alcance lo que con ardor apetece; ó si le hacen una mala pasada, sobre todo en negocios de bolsa ó de dinero, que son hoy el *pellem pro pelle* de que hablaba el diablo al Señor pidiéndole permiso para tentar á Job, no le llame, si es español el burlado, *judío y sin conciencia*; y si este de *santiguarle* tratare con una de las navajas que del *Santo Oleo* llaman, no le moteje de *desalmado*.

Por *matrimonio* se ha querido hacer pasar, en esta Nacion católica y entre católicos, bien que con el aditamento de *civil*, á lo que no teniendo nada de Sacramento, ni aun de religioso, y sí meramente la esencia de contrato aprobado por la autoridad civil, se afirmaba, contra todo principio de Derecho, que era irrevocable, con la singular é insostenible pretension, que contraviene á la esencia de todo contrato, de que no pudiera disolverse por el recíproco y voluntario disentiimiento de aquellos que con su libre consentimiento le formaron. Al verdadero matrimonio, para conocerle, le añadian el apellido de *canónico ó eclesiástico*, pero las ideas y las palabras valen lo que son, y la de *matrimonio*, adoptada hace tantos siglos por la Iglesia, y consagrada en los cánones y en las leyes del reino, significa en España el Sacramento y el contrato indisoluble que se forma por la voluntad libre de los contrayentes aptos, pero que la Religion atestigua, recibe y santifica, y cuya sancion está en el Cielo. Sin negar, pues, á la autoridad civil el completo derecho de registrar y hacer constar tan solemnemente como quiera la verificacion de los matrimonios, aquella intrusion no solo era esencialmente perturbadora y anti-católica, sino insostenible ante los fueros de la lengua, y así lo demostraba la simple consulta con vuestro Diccionario, que con razon invocó un ilustre Prelado, digno Académico correspondiente vuestro, al hablar de este asunto (1). *Amontonamiento* llamaba el pueblo, con singular y soberano instinto, á lo que, al abrigo de la torcida inteligencia dada á la palabra *matrimonio*, se pretendia introducir. No es dado á los hombres, repetimos, ni aun á las leyes, hacer que las

(1) El Exemo. é Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides, Obispo de Sigüenza, en Carta Pastoral.—Vease la definicion de la palabra *matrimonio* en la 11.^a y última edicion del Diccionario de la Academia.

palabras valgan por lo que no son, y signifiquen lo contrario de lo que la lengua y el uso les reconoce.

Y al propio compas, y como contraprueba de esto, habreis visto que nuestros soldados, al caer en la red barredera que, por su universalidad, más á las antiguas levas que á las proscritas quintas semejaba, decian que iban á servir *al Rey*, aun cuando la República se los llevase; y aparte de la palabra *realeza*, por extremo diversa de *realidad*, siendo aquella tan usada por nuestros clásicos, y tan felizmente restituida al uso por el señor Rios y Rosas, ¿no buscamos siempre los españoles en una *Real orden* licencia hasta para respirar? El nombre de carretera no ha anulado todavía el de *camino real*, que en el lenguaje figurado expresa el que fácil y seguramente conduce á lo que se apetece: ni hay español que no entienda que *en la del Rey* equivale á decir en la calle, y que no conozca el *real* de la feria, sobre todo si va á ella, ni deje de sentar sus *reales* cuando en un lugar se establece. En el lenguaje del pueblo, sobre todo, la *real gana* dicen á la voluntad que no admite apelacion: aun para los que no aman á los *Reyes*, son huéspedes bien recibidos los *reales*, y sobre todo (y en cuanto á esto, pongo á prueba á todos los republicanos del mundo, por intransigentes que sean) no conocemos españoles que no transijan y hasta caigan de hinojos á los piés de una *real moza*, sin ocurrírseles siquiera llamarla ni *nacional* ni *republicana*. Pues en punto de honra (que, sea dicho de paso, *honra* es más castiza y española que *honor*, lo cual se prueba con notar que aquella es indígena en nuestro suelo, y de subidísimos quilates tratándose de la mujer, por la suya propia y la de su marido, que guarda en depósito, al paso que el *honor*, idea más colectiva, nos es más comun con los Franceses; el *honor* nos viene generalmente tributado por otros; la *honra* nace en nosotros mismos); en *puntos de honra* decimos, ¿qué ideas tan peregrinas no vemos en este país, donde sus hijos son los *naturales*, y *nacion* se llama al extranjero? (1)

Decíamos ántes que nuestro estado normal es desgraciadamente el de guerra y perpétua cuestion, en que malamente nos herimos y desangramos. Pues bien: uno de vuestros más celosos Académicos,

(1) Véase el Diccionario, última acepcion de esta palabra, apoyada por el uso comun.

el Sr. Cueto, convirtiendo á este punto su atencion, ha encontrado que para significar estas luchas hay en nuestra lengua multitud de palabras simples, diferentes entre sí, sin contar con el sinnúmero de sus derivados, frases y combinaciones. Debo la lista á su amistad, y gustoso os la ofrecería si no fuese caudal ajeno, ó al hacerlo, abrigara siquiera esperanza de que habia de abrir principio al remedio (1).

Háse dicho acertadamente que en solo la manera de saludarse pinta el carácter de cada nacion; y contrayendo este exámen á algunas de las lenguas de Europa más conocidas, vemos, en efecto, que el antiguo romano lo verificaba con la palabra *Vale*, encabezando sus cartas con la sabida fórmula equivalente: *Si vales, bene est; ego valeo*; como si con ambas quisiera significar que la fuerza y el poder eran para ellos los objetos de mayor estima. Tambien decian: *salutem plurimam dicit*, significando con ello que hay muchos géneros de bienestar, y que, en cierta manera, era dueño de imponerlos, ó conferirlos, el que saludaba.

Pregunta el francés *Comment vous portez-vous?*, como si para ellos el movimiento fuese la beatitud suprema. He aquí lo que el inglés inquiere: *How do you do?* ¿qué hace usted?, como si dijera que la actividad es allí el asunto de mayor importancia.

Tres fórmulas españolas conocemos más usuales: todas igualmente características. La primera es el *á Dios*, que no solo sirve para saludarse, sinó tambien para despedirse: la segunda *¿cómo está V.?* en que harto se significa que para nosotros, desgraciadamente, el reposo es el más general y deseable de los estados. La última fórmula, universal entre personas de escogida educacion, es *á los piés de V., que besa sus piés*, tratándose con señoras, y *beso á V. la mano*, que es la congruente de parte de estas á los hombres, ó de los hombres entre sí. El pueblo, y con él el lenguaje oficial, acertadamente dicen: *Dios guarde á V.* Dígase si el carácter nacional, religioso y caballeresco, puede expresarse más gráficamente que con estas formas (2). Otra hay más moderna: *¿Cómo va?* decimos hoy: traduc-

(1) Son mucho más numerosas que las empleadas para significar esta idea en el francés, el alemán y aun el inglés, si bien, segun aquel ilustrado crítico, es este el que, á larga distancia, más se nos aproxima en tan poco envidiable género de riqueza.

(2) *Agur*, que vulgarmente dicen *Abur*, contraccion de *Augurium*, tiene tambien sabor religioso, aunque pagano.

cion del *Comment ça va-t-il?*; y en efecto, ahora, que siempre andamos en busca de algo nuevo, que suele ser peor que lo que tenemos, no es mucho que, como la enfermedad, se nos haya pegado de nuestros vecinos la moda de la pregunta.

Pues estudiando el carácter de estos idiomas, sabido es que se atribuye á un personaje muy ilustre haber dicho que él hablaba inglés con su caballo, italiano con las damas, frances con los hombres y español con Dios. El Sr. Musso, coincidiendo en parte con esta observacion, se expresa así: «Si entre otras cosas observamos cómo pintan los modernos en sus versos la pasion del amor, la veremos en los Italianos delicada; en los Ingleses, profunda; en los Franceses, tierna; en los Españoles, apasionada y vehemente. Los Ingleses hablan con sus conciudadanos; los Franceses, con los demás hombres; los Italianos, con los Ministros; los Españoles, con los Reyes.» —Confieso que estos juicios téngolos por exactos, á lo ménos en su mayor parte, y lo mismo el del Sr. Galindo, especialmente en cuanto á los ingleses, como que aquella Nacion ha profesado por axioma que *el tiempo es dinero*, diferenciándose completamente en este punto (y ni lo tengo ni lo digo por alabanza) de nuestra gente, que dice que *gana tiempo* cuando le pierde, y que *hace tiempo* cuando lastimosamente le deshace ó malgasta.

Pero razon es yá que consideremos las naturales alianzas de nuestra lengua, dentro de las cuales nos sea lícito acrecentar sus dominios. Ya hemos dicho que el lenguaje español no es el latin, y que por tanto fuera grave error latinizarlo todo, fundiéndolo en el molde romano. Pero basta conocer este escollo para no ir á dar en el opuesto, todavía ménos excusable, de huir del origen latino. Vendrán bien, y serán como de casa, las palabras que vengan con esta filiacion. *Son buena presa*, decia el Sr. Lista á sus discípulos, con tal de que en su formacion, inflexiones y desinencias las vistamos á la española, que es el *parce detorta* que exigía el eterno legislador del buen gusto; y en las nuevas, que vengan además justificadas por la necesidad, piedra de toque de los aumentos del idioma.

Aparte de esta fuente comun, tenemos la de los otros idiomas neo-latinos, y entre ellos, principalmente, los de dentro de casa, de los Pirineos acá, ó de los pueblos que hablan español del otro lado de los mares, sin otro valladar; que bien sabemos que las aguas son

grandes conductoras de muchas cosas, y por mar se trasladan las colonias, y con ellas las naciones enteras, con su ajuar y sus costumbres, sin perder lo que van perdiendo, y dán y reciben en trueque, cuando peregrinan por tierra.

En América está la mitad de la historia de España, bien así como aquí el tesoro de sus creencias, de su lengua y hasta el manantial de su sangre. Renunciar unos de otros, sería mutilarnos en vano, si ya no es que estas heridas van á la cabeza ó al corazon, ocasionando la muerte de unos y otros. Asáltanos, como de paso, á este propósito el recuerdo de los magníficos versos en que un insigne poeta inglés, Coleridge, pinta el efecto de estas divisiones entre amigos ó personas íntimamente unidas. Dicen así, poco más ó ménos, trasladados á nuestro idioma:

En su juventud florida
Ellos ¡ay! amigos eran;
Mas lenguas hay que murmuran,
Y la verdad envenenan!
Y la vida es espinosa,
Y la juventud, parlera.
Estar mal con quien se ama,
Como la locura ciega
Allá dentro del cerebro
Labra, ahonda, martillea!
Ni el uno hallará ni el otro,
Aunque buscarlo pretendan,
Quien el corazon pesado
Pueda aliviarles de penas.

El uno, del otro enfrente
Vedlos: las astillas quedan!
Como dos rocas que el rayo
Dividió con ira extrema
De una sola, que fué antes!...
Rasgándola en dos, soberbia.
La mar corre entre una y otra,
Mas ya, ni calor que hierva,
Ni rigor de áspero hielo,
Ni trueno que el aire hienda,
Quitarán lo sucedido;
Lo que fué harán que no sea,
Ni, pues, una vez pasó,
Borrar del todo las huellas (1).

Hasta aquí los versos, que harto convencen que no se puede apartar el corazon siempre que se quiere, sopena de arrancárselo uno á sí mismo.

(1) Hé aquí el texto original para satisfaccion de nuestros lectores:

Alas! they had been friends in youth;
But whispering tongues can poison truth;
And constancy lives in realms above;
And life is thorny; and youth is vain;
And to be wroth with one we love,
Doth work like madness in the brain.
.....
But never either found another
To free the hollow heart from paining—
They stood aloof, the scars remaining,

Mas volviendo á nuestro intento, despues de esta cosecha de familia, por decirlo así, conviene respigar en las de los demás idiomas neo-latinos. De Italia trajimos el fuego sagrado en el renacimiento de las letras: de Francia, en medio de la corrupcion del buen gusto, la restauracion de los estudios clásicos. Y aunque es cierto que por más de un titulo nos han sido funestas muchas de las importaciones que de allá nos han venido y sobrevienen, con ambos pueblos tenemos man-comunidad de Religion y de origen, que hacen que ni sus ideas, ni su lengua, nos sean completamente extrañas.

Otras hay que se hablan en Europa, de diversa fuente, en que esta extrañeza sube de punto hasta llegar á ser irreconciliable. Citarémos entre ellas el inglés, del cual participamos poco; pues aparte de algunas expediciones en que recíprocamente nos hemos pagado la visita, por la dominacion del territorio no hemos combatido nunca. En América, fuimos rivales, y hoy más que nunca, lo son sus hijos contra nuestros hijos.

...*arma armis pugnent, ipsique nepotes* (1).

Y aquí es de notar cuánto importa no consentir que el altivo pueblo norte-americano usurpe ni monopolice contra toda razon y derecho el nombre de América, que es de todos y cada uno de aquellos pueblos, y no patrimonio de ninguno exclusivamente, por más que de poderoso presuma (2).

Respecto de Alemania, allá fuimos soñando ó procurando Impe-

Like cliffs which had been rent asunder
A dreary sea now flows between;—
But neither heat, nor frost, nor thunder,
Shall wholly do away, I ween,
The marks of that which once hath been.

Coleridge, *Christabel*.

(1) Virg. *Æneid*. Lib. IV, vers. 629.

(2) A los que de esto que afirmamos quieran una muestra, recomendamos el excelente artículo escrito por nuestro Académico correspondiente el Sr. D. Antonio Flores y Jijon, individuo de número de la Academia Ecuatoriana, sobre la lengua y literatura española en los Estados-Unidos, y que se ha publicado en *El Mundo Nuevo*, periódico de Washington, en 1.º de Abril de 1874. Allí podrá ver cómo la raza invasora, que acorrala y extermina á la indígena, persigue también á la conquistadora, que es la nuestra, expulsando nuestro idioma como medio indefectible de conseguirlo.

rios; pugnamos larga y costosamente, por conservar lo que no nos importaba; y en cambio, por derecho de sangre, los trajimos á nuestro territorio y los implantamos en nuestra monarquía. ¿Qué ganamos? ¿qué nos quedó de ellos? Bien lo registra la Historia.—En cuanto á la lengua, más ó ménos palabras; tal cual frase apénas, ni una sola construccion: estas últimas no las consienten ni una ni otra, que son esencialmente antipáticas.

Que se nos busque otra asimilacion más íntima en que se hayan confundido ambos pueblos. En vano la procuran hoy mismo los sectarios de esa moderna filosofía que pretenden traernos de allá. Los que intentan traducirla, se la dejan en alemán, y así es que, aunque palabras españolas empleen, ni les alcanza nuestro régimen para expresarse, ni nosotros acertamos á comprenderlos, dado caso (lo que no tenemos por averiguado) que ellos á sí propios se entiendan. De ahí es que sea esta una de las poderosas causas de corrupcion de nuestro idioma, lo cual no hace mucho que acertadamente se alegó é hizo constar ante la Academia (1). No cabe fusion del Norte con el Mediodía; lo que cabe es invasion: es tambien ley de la historia.

Veamos en cambio de dónde pueden buscarse otras de más entrañable carácter é íntima transcendencia. En lo físico y en lo moral, del Oriente viene la luz, así como del Mediodía el calor. Una y otra son naturales en nuestro suelo, y si de fuera vienen, agrádanse en él como en terreno propio. Confírmalo la irrupcion sarracénica. Con las tribus bárbaras que la iniciaron, vinieron envueltos en sus oleadas los árabes, que fundaron entre nosotros el califato de Córdoba y los reinos de Sevilla y Granada, que todavía tienen su sello y su carácter, que no se desmentirá jamás. Ved la alianza que hace con la severa arquitectura que aquí encontraron, la suya, tan esbelta y gallarda, que dibuja palmeras de piedra y lanza al aire surtidores de columnas, y sin ser ya lo que primitivamente era, se combina y perfecciona, hasta llegar á formar ese orden maravilloso, que ni es gótico ni árabe, sinó el más adecuado para adorar á Dios elevando el alma, y que la arrebató hasta el cielo debajo de las bóvedas de León y Toledo y Sevilla y entre las filigranas de Búrgos.

(1) Discurso de entrada del Sr. D. José de Selgas, 1874.

¿Qué más os diré? Entrad en Granada y vereis sus cármenes, que son como guirnaldas que costean y festonan la Alhambra: id á Sevilla y penetrad en sus patios; dirigios á Málaga, y la vereis espejarse en sus limpias aguas, coronada de rosas y azahar, pero tambien de palmeras y cipreses; y dudareis si esta punta meridional de Europa, que se dá la mano con Africa, no es más bien un reflejo del Oriente con sus poéticos y voluptuosos encantos. Ni creais que con esto solo he agotado la analogía. Buscad en los frutos, y aun en los animales, los tipos que parecen incluir la perfeccion de los nuestros. Y contrayendo la observacion, por ejemplo, á los caballos, vereis que buscan nuestros criadores como mejores tipos para cruzar nuestras razas, sobre todo las del Mediodía, no esos caballos poderosos del Norte, sinó los berberiscos, y mejor aun los del Yemen, de Damasco ó Alepo, criados en las tiendas del árabe y que con duros cascós cruzan los ámbitos del desierto.

Si quereis cercioraros de la influencia más alta y concluyente que esto ha ejercido, recorred á España, y por donde quiera vereis cruzar y vivir entre nosotros todos los tipos de las mujeres santas del Antiguo Testamento, así como la filial imitacion de la que es Sol de la Ley de gracia. Y si opondeis que esto se debe á la influencia de la Religion, y que por lo mismo ese carácter no es peculiar de la patria de Sta. Teresa de Jesús y de Isabel la Católica, llegaos, por ejemplo, á Andalucía, y cruzando aquellos magníficos paseos desiertos, entrando en aquellas casas árabes, abiertas casi solo á lo interior, y viendo aquellas mujeres, que viven únicamente para Dios y sus maridos y sus hijos, para la vida íntima de la familia, que es todo su mundo; decid en qué se parecen á ellas la vida agitada de la dama francesa, la activa, aunque espiritual, de la inglesa, y sobre todo, la casi varonil de la norte-americana, cuya coquetería son ó los negocios ó la ciencia, y que pueblan no solo las Escuelas de los hombres como Maestras, y los Observatorios y los laboratorios químicos, sinó las Universidades tambien, y se agitan en los *meetings*, preocupando á sus legisladores, que no saben si concederles el derecho electoral, si es que no aspiran al de elegibles para sus Parlamentos, inquiriéndose mientras á quién se encomendará la crianza de sus hijos (1).

(1) Véanse los excelentes artículos que sobre los progresos del Catolicismo en los Estados-

¡Oh! bien hayan mil veces nuestras Madres españolas y americanas, que solo en llenar estos santos deberes se ocupan, y entre las cuales se contaban la que tan superiormente pinta el Sr. Marqués de Molins en su *Manchega*, sin decirnos que lo sea suya; la de Aparisi, tantas veces nombrada por él en vuestro seno, ya al frente de sus versos, ya en su Discurso de entrada; la del que tiene la honra de hablaros, noble americana, su primera y santa Maestra: las de todos y cada uno de vosotros, Señores Académicos, y de los que me escuchan; que ¿quién no tiene ó ha tenido una Madre que haga palpar su corazón?

Y es tal y tan poderosa la fuerza de asimilacion del país, que con razon observa un sagaz crítico y sazonado escritor, paisano de ellas, que á maravilla las conoce y apreciarlas sabe, que siendo frecuente que de nuestras costas meridionales vayan muchas jóvenes distinguidas á educarse al extranjero, ó lo sean por ayas inglesas ó alemanas, á despecho de ello y aunque no dejen de aquilatar con este realce la viveza de su ingenio, concluida su educacion, vienen á ser, por dicha suya y de su patria, ántes que todo y sobre todo, Gaditanas, Jerezanas, Malagueñas (1).

Ni creais, Señores, que cuando esto digo, divago de mi asunto, que en sus entrañas estoy. ¿No son nuestras Españolas, por ventura, las que hoy salvan nuestra sociedad, las defensoras de la Religion, las depositarias de nuestras tradiciones, las restauradoras de nuestra monarquía, y el vínculo nunca roto entre ambos hemisferios (2)? Pues desde hoy más, debeis mirarlas como las mejores y más fieles aliadas de esta Academia; que ellas hacen y guardan y enseñan el idioma.

Unidos y sobre instruccion pública en ellos insertó el *Correspondant*, ilustrada revista de Paris, en 1871, y el que con el título de *Los Católicos del Nuevo Mundo juzgados por los protestantes* apareció en la entrega 167 de la propia revista, correspondiente al 10 de Diciembre de 1868, así como los juicios del *Atlantic Monthly*, periódico protestante.

(1) D. Salvador Lopez Guijarro, en su artículo *La Malagueña*, en la obra «Mujeres españolas y americanas,» que publica el hábil editor D. Miguel Guijarro.

(2) En comprobacion de estas aserciones, citaremos, sin más comentarios, á las Sras. de las Asociaciones de Beneficencia domiciliaria; Academias dominicales, que por sí solas educan 40,000 niñas, Escuelas católicas, Conferencias de San Vicente de Paul; las de los Heridos y la Cruz Roja, y otras varias de igual naturaleza; y nominalmente, por la especialidad del asunto, á la Exema. Sra. D.^a Pilar Arias de Quiroga de Primo de Rivera y á la ilustre señora chilena D.^a Mercedes Martinez de Walker, que ha sido verdadera madre para los prisioneros de la *Covadonga*, sin perjuicio del amor á su patria y á las instituciones que en ella rigen.

Vedlas siempre asociándose á nuestros triunfos, participando de nuestras solemnidades, no ya admitidas ó toleradas solo como en la Universidad y otras Academias, sinó aquí, en nuestros escaños, ocupando con satisfaccion de la Academia vuestros sillones, única corporacion literaria que así las recibe, como que á ella vienen, no por deferencia y mera cortesía, sinó con derecho propio, como veis á la digna Esposa y bellas hijas del nuevo Académico, á traerlos á sus maridos y á sus Padres, participando de su triunfo, y gozándose en que obtengan vuestra aprobacion.

Pues arrancándonos con pena á esta consideracion, que es la suprema del asunto cuando se trata del estudio del carácter español, ¿quereis ver las huellas de esta alianza en nuestra literatura? Las hallaréis en toda ella y singularmente en nuestro Teatro nacional, en el cual, hasta en lo moderno, casi no peca un drama por lirismo; y finalmente, en los arrebatados vuelos de Herrera, en que tan natural y gallardamente campea, no solo la inspiracion del Dios de Moisés, sinó hasta el carácter de su poesía y sus giros y locuciones. Leed su cancion á la victoria de Lepanto, y no extrañaréis encontrar en ella los rasgos del que cantó con tan divina inspiracion el paso del Mar-Rojo; leed la traduccion del *Super flumina Babylonis*, y no dudaréis que canta David en la lira del Maestro Leon; y si alguno sospecha que la identidad de asuntos es la que produce la uniformidad de tonos, todavía en la cancion del mismo Herrera á D. Juan de Austria, tan diversa en esencia, los volveréis á encontrar, y en cualquiera de las Odas del ilustre agustino, en medio de su serenidad, el propio arrobamiento que penetra los cielos.

Tambien las musas de Grecia se placen en nuestro suelo, y dadas de la mano con ellas, las de Roma. Pero ¿qué mucho, si con estas nos hallamos ya en casa, reanudando lo que ahora discutimos con lo que al principio deciamos? Por ello, y por no abusar demasiado de vuestra paciencia, cortamos aquí el hilo de nuestras observaciones. Ahora bien: ¿quién ha de hacer todo esto?—Ya lo ha dicho el nuevo Académico: lo hace el pueblo, lo hacen sus escritores; no lo hace por sí sola la Academia, cuyo empleo no es inventar, ni á nadie puede mandarse inventar de oficio. Dejando, pues, á aquel á un lado, estudiemos el ejercicio de la autoridad en la Academia. Y ante todo, para ello puede influir mucho el Gobierno. Necesitamos que

sea acertada la direccion en los estudios, desde la enseñanza primera; que nunca será la instruccion sólida sin esta segura base; en la cual, ampliándola convenientemente, perseveren los alumnos siquiera hasta los 14 ó 15 años. Hasta esa edad, y sin aquellos conocimientos prévios que á todo lo bueno conducen, no se puede en puridad estudiar lengua ninguna sabia, Filosofía, Matemáticas ni ciencias de ninguna especie, comprendiéndolas. No se extrañe que insistamos sobre esto: aunque parezca pequeño, es de altísima importancia, y no tiene poca el proclamar esta verdad ante la Academia Española (1).

La Academia, por medio de sus libros, enseña en España y habla con América (2). Pues bien: además del favor del público, necesitaria que el Gobierno con mano pródiga la asistiese. Necesitaria decimos, como quien sabe que en las circunstancias actuales esto no puede quedar sinó en los límites del deseo, consignándolo aquí para mejores dias. Pero aun atendidas las dificultades presentes, baste saber que toda la subvencion que en todos conceptos recibe la Academia Española del presupuesto general del Estado, está reducida á la suma de 38,000 reales. Creemos que el Gobierno, si fija su atencion sobre ello, no negará más amplitud á una Corporacion que no vivirá ni crecerá sin ella, y cuenta que para esta clase de Institutos, sólo el estacionarse es morir. Por lo demás, la Academia no ha pedido nunca privilegios, ni menos exclusivos, que cierran la puerta á toda competencia, sin la cual tambien sobreviene el estancamiento. Pero nada tiene de violento creer que ya que en las escuelas privadas hubiese toda libertad de elegir los libros de texto (en cuya libertad de eleccion cada dia obtiene la Academia mejor parte); en las públicas, esto es, en las

(1) Sabido es que fijándose hace tiempo en los planes de instruccion pública que hasta los diez años no se pueda empezar el estudio del latin y lo que se llama segunda enseñanza en los Institutos, indirecta, pero no ménos eficazmente, ha venido á establecerse que á esa edad acabe la primera, cuando apenas se sabe leer. Debiera, pues, ampliarse, aprendiendo siquiera los alumnos á leer y escribir bien, Religion y Moral; la Gramática de su lengua, no ya por epítome ni compendio; de Historia y Geografía, á lo ménos las de su Patria; Aritmética, nociones de Geometría, de Física y Química, y Dibujo, sobre todo, el lineal y de ornato.

(2) Esto hace la Academia con la publicacion de sus Gramáticas adaptadas á los tres órdenes de la enseñanza, y sus diversos Diccionarios. Hace tambien ediciones de nuestros clásicos, y oportunamente, por medio de certámenes, excita al cultivo de los diversos ramos de la literatura, ó bien á la dilucidacion de importantes temas, que conciernen á la lengua ó á aquella.

sostenidas, subvencionadas ó vigiladas por el Estado, la Provincia ó el Municipio, se usen los libros de texto de la Academia.

Debiera además ordenar el Gobierno la publicacion del Diccionario tecnológico español, cometiéndola, con vuestro concurso, á la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, y costeándola. Sin él, cada dia nos sobreviene un diluvio de palabras, muchas veces no necesarias, y otras imperfectamente formadas, con las cuales, en nombre, no ya de la barbarie gótica, africana ó germánica, sinó de la civilizacion francesa, inglesa ó alemana, se vicia y corrompe la lengua, ya por las palabras, ya sobre todo por la construccion. El Gobierno, al introducir muchas mejoras, al registrarlas en los aranceles, al adoptarlas para uso público, pudiera, consultando á las Academias, precaver unas veces, y remediar otras, el desastre. Ejemplos han dado de lo primero el Ministerio de Fomento y la Direccion General de Obras públicas: el casco de Madrid presenta recientemente muestras de lo segundo. Reclamó, en efecto, la Academia contra el nombre bárbaro de *docks*, que con menosprecio de la verdad y del sentido comun, se pretendió introducir donde ciertamente no hay rio ni diques que con el Támesis y los suyos puedan compararse; y la voz no se aclimató. Borróse de los edictos municipales, y aun creemos que de los Registros tambien, la de *boulevard*, ó *bulevar*, no ménos ridícula é inexacta, y bárbara por añadidura, en la forma que nos venia, y la hemos sustituido con el nombre, harto más propio y español, de *calle*, con que se ufana la de Alcalá; y aun pudiéramos haberle dado los de *carrera*, *corredera*, *coso* y aun *estrada*. Y ahora se ha dado la gente rica, y los que estudian y halagan sus gustos, á sembrar *hoteles* en Recoletos y los nuevos barrios de Madrid, los cuales ni los mismos franceses conocerian por aquel nombre, como que en ellos no se hospeda más que á sus dueños, ni se alquilan al viajero, ni se sirve mesa redonda (1).

En cuanto al crédito de la Academia Española, aunque solo fuese por la fidelidad con que corresponde á su instituto, no solo no encuentra contradiccion, sinó que cada dia se extiende y consolida más, por

(1) En uno de nuestros Ministerios, se escribió en un documento oficial de hace algunos años: «Si la enfermedad *recidivase*.» De la palabra francesa *récidive*, por fortuna no introducida entre nosotros, dedujo y formó sin duda el autor tan enorme barbarismo, que merece citarse por lo garrafal.

la misma forma en que le concibe y emplea. Dícelo bien su lema, con el cual tan oportunamente ha cerrado el nuevo Académico su Discurso. No se lanza, pues, á aventuras, ni en las alas del buen deseo, ni aun cediendo al impulso de los amigos, que con la mejor intencion por este camino quisieran empujarla. Sus individuos, como españoles y como escritores, usarán del derecho que en este concepto, y no en el de Académicos, les corresponde para proponer, no á la Academia, sinó al público, tal ó cual palabra ó frase, como estas cosas se proponen, no por via de consejo, sino poniéndolas en accion y movimiento; tal como se enseña á andar, no con explicaciones, sinó andando. El público, dueño del lenguaje, que es de todos, acogerá ó desechará, y este fallo, que es el del uso, lo recogerá la Academia, ilustrándole y puliéndole, si es necesario; pero sujeto este mismo pulimento á la última apelacion del propio uso, que, advertido, rara vez deja de rectificarse. Y aun para proponer aquellas observaciones, la Academia no lo hace por sí sola, sinó inquiriendo y consultando á personas doctas y especiales en los diversos ramos, y al mismo uso en diferentes provincias (1).

La Academia, pues, al acertar, acierta con muchos: íbamos á decir que con todos, porque si á muchos consulta, á nadie desoye, lo cual, por sí solo es ya garantía del acierto por la desconfianza del propio juicio. Á esta manera de concebir y plantear el cumplimiento de sus deberes, corresponde en proporcionada escala la deferencia y confianza de los demás.

Voy á citaros de ello tres ejemplos: los dos primeros, de nuestro propio territorio; el tercero, de otro no tan próximo, aunque no ménos español, ni ménos autorizado. Es el primero el que ofrecen los Tribunales de justicia; en donde al lado del libro de la ley está el Diccionario de la Academia, que no ménos invocan los que hacen estas leyes mismas; así como los escritores y los que aspiran á hablar bien ó sostener sobre la lengua una cuestion cualquiera. ¿Cuántos derechos no se han definido, cuántos pleitos no se han fallado por sola la

(1) Sirva de ejemplo lo que recientemente ha sucedido con las palabras *azada* y *azadon*. Yago, y hasta contradictorio, era el sentido que se les daba. La Academia, pues, ha tenido que abrir informacion sobre el particular, y además de la propuesta del ponente y del juicio de la Comision de Diccionario, ha consultado á diferentes Provincias, por medio de sus dignos Correspondientes. Diez y ocho respuestas ha recibido á cual más interesantes, varias de ellas con dibujos y grabados.

autoridad de la Academia, depositaria, en verdad, en este concepto, de los bienes, de la honra, hasta de la vida de sus conciudadanos!

Pues si su buen concepto consideramos, prestad atencion, y vereis que siendo la más antigua entre todas sus hermanas, ya por ello, ya porque la lengua todo lo abarca y á todas partes se extiende; parece como que suena y es aclamada por el primer Cuerpo literario de la Nacion, cediéndole todos el paso por lo mismo que ella á ninguno se antepone. Y si quereis ver esto de una manera palpable, séame lícito recordar un hecho que pasó no ha muchos años en el Palacio de nuestros Reyes. Agolpábanse allí en memorable ocasion mucha parte de nuestros hombres de letras con el objeto de ofrecer un tributo de gratitud por el magnánimo desprendimiento de S. M. la Reina Doña Isabel II. Eran los concurrentes Poetas, si no todos iguales, ninguno inferior en altivez. ¿Quién habia de atreverse á hacer cabeza, ni á llevar la voz ni la Presidencia? Pues lo que hubiera sido imposible decidir entre tantos, todos, por casi comun inspiracion, lo decidieron. Observaron algunos, y aceptaron todos unánimes, que correspondia á la Academia Española, representada por uno de sus individuos presentes. Habia en efecto varios, como los suele haber siempre en cuantos hechos importantes y gloriosos acontecen, sobre todo en materia civil, en nuestra Nacion; y entre aquellos, segun es uso y estatuto de la Academia, habia de llevar la presidencia el más antiguo. Esta inmerecida honra, por la expresada razon, cupo al que tiene la de escribir estas palabras, bien que él la declinó con insistencia en otro digno compañero suyo, el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, que á este lauro y otros personales, no ménos valederos, reunia el de individuo y anticuario de la Academia de la Historia. El hecho, verdaderamente notable, se consignó en nuestras Actas. Y éralo, en efecto, por la espontaneidad con que pasó como cosa en que no podia haber duda entre aquella tan escogida compañía, y á pesar del *genus irritabile Vatum*, á que los que la formaban pertenecian.

Pues el otro ejemplar todavía es más terminante. Separados de nuestro suelo, pero abrazados con nosotros por la lengua como Patria comun, viven veinte y dos millones de almas que hablan español. Separados están por los mares, y más que por ellos, y á despecho de los vínculos de la Religion, de la raza y de la san-

gre, por los intereses, por las preocupaciones y pasiones de una lucha funesta y fratricida. Pues bien, lo que no han podido las armas, ni hubiera alcanzado la política, lo ha intentado con llaneza, lo ha conseguido sin más que la bondad del intento, la santidad del motivo y la confianza en el noble carácter español, la Academia Española. Habló, en efecto, en nombre de aquella Patria y del patrimonio comun, que es nuestra literatura; en nombre de Cervantes y de Calderon, y fué ¿cómo no habia de serlo? no solo entendida, sinó correspondida tambien. Los más claros talentos americanos se conmovieron á su voz; todos unánimes contestaron. Inmensa salva de aplausos brotó del corazon á los labios de todos aquellos tan dignos españoles, y dos Academias, que la nuestra evocó con instancia, como hijas, para que vinieran á luz, aclamándolas como hermanas desde que aparecieron, surgieron á su voz, sucursales y correspondientes, y como tales las saludó, no ya la única, sinó la primera Academia Española. Bogotá produjo la primogénita de las nuevas hermanas, la Colombiana; en Quito se ha alzado la primera Ecuatoriana, y otras dos ó tres se hallan anunciadas, cuyo secreto creemos todavía deber respetar. Cada correo nos trae nuevas conquistas de correspondientes; abundante cosecha de libros, de propuestas, de adiciones y enmiendas de voces para nuestro Diccionario. Entre aquellas, séame lícito citar la elegante traduccion en verso de todas las obras de Virgilio, dedicada á nuestra Academia por su autor el Sr. D. Miguel Antonio Caro, director que ha sido de la Colombiana; la magnífica Oda gratulatoria del ilustre Poeta venezolano el Sr. D. José Antonio Calcaño, uno de los predilectos discípulos del Sr. Bello; las apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano del Sr. D. Rufino José Cuervo, que ojalá fuesen más conocidas en España, como merecen; el Poema á la Iglesia Católica del Sr. D. Juan Leon Mera, de Quito; las observaciones gramaticales del Sr. D. José María de Bassoco, de Méjico, y multitud de ellas filológicas, de los Sres. D. José María Torres Caicedo, D. José Antonio Calcaño, D. Cecilio Acosta, que por dos veces ha remitido gran número de ellas, D. Pedro Fermin Cevallos, D. Ricardo Ovidio Limardo, D. Ezequiel Uricocchea, D. Antonio Flores Jijon y otros. Finalmente, la Academia Colombiana nos ha enviado el primer número de su Anuario, en que expone todos los anteceden-

tes de su instalacion, ofreciéndonos las primicias de sus interesantes trabajos. Tanto ha promovido la Academia Española! De tal suerte le ha correspondido América!

Sin armas, sin escuadras, sin tratados ni notas diplomáticas, ha conseguido de aquellos pueblos lo que á otros ha sido hasta ahora imposible recabar. Es verdad que no les hablaba de política, ni de intereses materiales, ni mucho ménos de imposible y ni imaginada dominacion; hablábales en nombre de la Religion, de la sangre y de la lengua, que son unas mismas en todos, y la propia lengua es el objeto de comercio y comunicacion que les ofrecia. Singular comercio en que todos ganan: los hijos; tomando de casa de sus Padres lo que es su patrimonio y su herencia; los Padres, acrecentando su gloria con las conquistas y la gloria de sus hijos. Y luego, para esta union de familia, la Academia, ántes y despues de su separacion de la Madre Patria, les ha mandado como heraldos, entre otros, á Jovellanos, los Iriartes y Campománes; á Melendez Valdes, Cienfuegos y los Moratines; aquellos, todos Académicos; los dos últimos, Padre é hijo, laureados por la Academia; y más recientemente á Quintana y Gallego y el Duque de Rivas, como Poetas; á Lista y Bello y Mora, como universales Maestros; á Bálmes, Donoso Cortés, Aparisi y Pastor Diaz, como cristianos filósofos; á Pacheco, Pidal y Rios y Rosas como juriconsultos; á los mismos y á Martinez de la Rosa y Alcalá Galiano y Olózaga, como oradores parlamentarios; á Breton de los Herreros, Ventura de la Vega y Baralt; aquellos dos como Poetas dramáticos; este, además de Poeta, como filólogo; como Académicos diligentísimos, en fin, á Fernandez de Navarrete, Musso y Segovia y otros que no nombro, porque están vivos, y porque tampoco hay para qué, pues ambos mundos los conocen, sin temor de equivocarlos. Todos estos son vuestros, que en verdad no puede haber mayor alabanza para esta Academia; y unidos con ellos, nuestras demas Academias y otros Españoles no ménos ilustres prosiguen esta gloriosa empresa, cuyos frutos son incalculables.

Pero notad bien esto: la Academia, que la inicia, no la lleva á cabo por sí sola; que Dios mismo no quiere hacer el bien sin el concurso de la voluntad del que ha de recibirle; y por ello la Academia, en este apostolado, cuenta tambien con la de los pueblos americanos: ella, que no se impone absoluta ni á los españoles de aquende.



Á este efecto, así como el alambre que liga los continentes á través de los mares, transmitiendo, no tanto la chispa eléctrica inconsciente, cuanto la humana inteligencia, en una y otra orilla ha menester un aparato idéntico que la expida del uno, y la reciba en el otro, el primer deseo y casi indispensable medio que procura la Academia Española, es que al otro lado del Atlántico se establezcan otras, correspondientes suyas, que reciban lo que ella les envía para nuestros hermanos, distribuyéndolo según á las necesidades de cada país sea conveniente, restableciendo lo que acaso en la travesía se haya debilitado ó perdido, y por el contrario, recogiendo, ordenando, autorizando, y acaso puliendo y dando cuerpo de doctrina, al caudal que de ellos haya de provenirnos. De esta suerte la Academia está segura de acertar, reflejándose por entero en sus hermanas y hablando á los españoles de aquellos hemisferios como si en su suelo estuviese. Así se explica el celo y el empeño con que la Academia madre promueve la creación de estas Americanas, y limitándose á la iniciativa, á las propias deja, como es natural, su establecimiento y la designación de sus individuos.

Ahora bien; ¿cuál es el gran medio de asegurar el logro de sus tareas? Es la frecuente comunicación de sus ideas y de sus trabajos: es la adopción de nuestros libros de texto, es el cultivo unívoco de los grandes modelos, es, por último, el conocimiento y estudio de nuestras respectivas literaturas. Una ortografía para todos precisamente, una gramática, si es posible, un Diccionario vulgar también, otro más grande en que consten los principales provincialismos de las diversas naciones que hablan el español.

Ante todo, si nuestras hermanas de América, si las corporaciones literarias de España, si los literatos de una y de otra han de estudiar á fondo la lengua, y tratan de corregirse en ella y hasta de mejorarla, se necesita que se conozca y circule el gran Diccionario de autoridades hecho por nuestra Academia, en el cual cada voz y sus diversas acepciones se acreditan con uno ó más ejemplos que convenientemente las apoyan y justifican. De esta obra verdaderamente magistral, de seis tomos en folio, no se ha hecho más que una sola edición hace ciento cuarenta años, la cual se halla, por tanto, agotada. Calcúlese cuán raros ejemplares se hallarán en América, donde por lo mismo que no es fácil allegar todas las fuentes de autoridad, se-

rian más indispensables. Ocupada se halla la Academia en preparar su correccion, pero esto es obra larga, cuya terminacion no alcanzaremos los vivos. Ha empezado la Academia (y ya es algo) por rectificar el catálogo de los Autores que merecen ser autoridad. La primera edicion que para su uso interior hizo en el año próximo pasado, le ha sido arrebatada de las manos y está preparando la segunda. Pues bien: otra edicion del Diccionario grande de autoridades, con leves correcciones, podria ser el remedio. La Academia, propietaria, ya que no pueda hacerla por sí, no le negaria su concurso ó su asentimiento. Con ella, y el Diccionario prosódico y ortográfico de la lengua, que se está dando á la estampa, mucho haria ya la Academia, en tanto que con incesante tarea prepara la 12.^a del Diccionario usual.

¿Qué más le quedaría? Hay una frase andaluza, que naturalmente se nos viene á la memoria al oír esta pregunta. *Poner puertas al campo* fuera, en efecto, trazar límites ni aun direccion á sus trabajos. Esto no obstante, séanos lícito indicar que nuestra Prosodia está todavía en la infancia y que en la Ortografía el uso es vario, y en no pocas cosas contradictorio. Tiene la Academia en su seno propuestas sobre el particular, no de esas que rompen con toda razon etimológica y contra el uso, por más que sean, á lo ménos en la apariencia, lógicas: tiénelas racionales y prudentes, hechas por algunos de sus más beneméritos individuos, sobre todo en lo que se refiere á acentuacion y á los signos ortográficos que deben emplearse, señaladamente en Poesía, y sin cuyas modificaciones no será posible indicar cómo se haya de leer, que es el oficio de la acentuacion y puntuacion. Tambien hay algo que hacer en materia de pronunciacion. En esta, visiblemente hemos perdido, puesto que tenia la lengua sonidos de que hoy carece y que conservan nuestros dialectos, ó los que son con nosotros de comun origen. Ahora mismo estamos perdiendo algunos de aquellos sonidos, y estos incumbe á la Academia defenderlos, y los primeros echarlos de ménos, siquiera para que los escritores pugnen por recobrarlos.

Con maduro exámen, por ejemplo, ha consignado la Academia, habiéndola estudiado en Castilla, la diferencia entre la *b* y la *v*, confundidas casi en la pronunciacion desde el tiempo de Marcial, y aunque no tanto en la escritura, lo bastante sin embargo para

dar lugar á crasas equivocaciones. En nuestras provincias de Levante es muy marcada la diferencia, y en ello deberíamos imitarlas.

Tuvimos ántes, y conservan el gallego y el portugués, la *s* suave, además de la fuerte, que hoy es la única nuestra: tienen también ellos, y aun los asturianos, la pronunciación de la *sh* y de la *x* inicial, que no hay en castellano. Hemos perdido la *h* suavemente aspirada, que se echa de ver en todos nuestros buenos autores del siglo de oro, y aun en los no andaluces; cuando á estos se pretende imitar, la exageramos, por el contrario, más de lo que fuera razón. La *c* suave, que nunca debe confundirse con la *s*, no debe ser tampoco de igual fuerza en todas las palabras, como se hace, por ejemplo, en Madrid, y de seguro ni á la poesía ni ménos á la música satisface tanta aspereza, que no hay en la *z* final, como se vé en *lápiz, feliz, matiz, codorniz*; y lo propio hay que decir de la exageración de los sonidos guturales. En cuanto á estos, hay que notar que si bien hemos defendido y restablecido la *x*, suprimiendo su innecesaria y viciosa sustitución por la *cs* y la *gs*, cuando en realidad su sonido no es siempre fijamente el de ninguna de estas combinaciones, sinó el de otra intermedia. Pero en cambio la hemos suprimido cuando es inicial, y apenas conservamos vestigios de ella en la pronunciación, aunque tal vez los conservamos en la escritura.

Con *x* escribían nuestros padres el nombre de *México*, y así le llamamos hoy sus hijos. A orillas del Guadalete conocemos personas muy ilustradas que escriben siempre *Xerez* (con *x*), como ántes se hacía, y todavía los extranjeros conservan vestigios de esta pronunciación, lo cual también justifica la etimología, no convenciéndonos nosotros de por qué haya de consultarse ésta casi universalmente cuando es latina, y se haya de desatender si es de otro origen (1). Nombres hay todavía, sin embargo, aunque la mayor parte propios, que en su ortografía conservan la *x* inicial, como *Xanto* por el río de Troya; *Xantipe*, *Xicotencal*, *Xilocordeon*. Pues la *x* final, que algunos intentan proscribir, todavía tiene mejor defensa y autoridad en el uso. Decimos sin contradicción no solo *Guadix* y *Torrox* sinó *ónix*, *almoradux*, *ántrax*, *carcax*, siendo

(1) Los extranjeros escriben y pronuncian *Méxique* y *Mexico*, y sabido es que los ingleses llaman *Sherry's wine* al Jerez, de que son tan decididos partidarios y principales consumidores.

por tanto injustificado suprimir la *x* en el plural para producir un sonido gutural, que ya hemos dicho que no se recomienda mucho por la armonía, fuera de que algunas de estas voces no forman el plural así. *Ónices* se forma de *ónix*. El de *ántrax* no sabemos cuál sea, aunque *ántraces* nos parece mejor. Palabras hay, como *alixal* y *alixar*, en que sustituida la *x* con la *s*, se confunden, sobre todo la última, con el verbo *alisar*, y completamente desconocemos su etimología, perdiendo con ella la razón de su significado.

En manos del vulgo se vulgariza también la lengua, haciéndola perder el carácter etimológico que la explica. Hemos propendido de antiguo, y propendemos todavía, á suprimir consonantes, que tanto vale á veces como deshuesarla, dejándola fofa. De los compuestos del supino latino *scriptum*, en algunos hemos suprimido la *p*, y así decimos *suscriptor*, pero decimos *inscripcion*, *adscripto*, *rescripto* y *Padres conscriptos*; escribimos ya casi generalmente *setena* y aun *Setiembre*; pero decimos *septenario*, *septuagésima*, *séptimo*, *septemviro*. Se ha escrito por muchos *suceder*, lo mismo por *acontecer* que para significar que *una persona ó cosa viene despues de otra*; pero son conceptos diversos y conviene distinguirlos en la conversacion y en la escritura, diciendo, por ejemplo, que la llamada guerra de *sucesion* *sucedió* en el siglo décimo octavo. Solemos omitir la *n* de la preposicion *trans*, confundiendo sus compuestos con los del adverbio *tras*. Cierto que aquella supresion está á veces sancionada por el uso, y así, nadie dice *transladar*, *translucir*; pero decimos, y debemos decir, *transferir*, *transcribir*, *transfiguracion* y *translúcido*. Lo mismo decimos *móvil* (con *v*) á lo que mueve ó es principio ó causa del movimiento, que á lo que puede ser movido, sin tener en cuenta que en la primera de estas palabras lo que se modifica es la palabra *mover*, esencialmente activa, cuyo carácter conserva su derivado *móvil*, casi generalmente sustantivo, de cuyas radicales, añadiendo la terminacion *bilis*, dedujo el latin *movibilis*, y por contraccion *mobilis* con *b*, pues lo que interesa para conservar la esencia y significacion pasiva de la palabra es el *bilis*, que expresa la adaptacion ó facilidad para recibir el movimiento. A esta semejanza hemos hecho nosotros *movible* y su contraccion *mueble*, *inmoble*, *móvil* (con *b*) en esta aceptacion pasiva, y *mobiliario*. Confesamos, sin embargo, que se escribe con *v* *inmóvil*, porque, aunque en realidad más se aplica á lo que

no se mueve por sí que á lo que no puede ser movido, tambien tiene uso y autoridad en este último sentido, en el cual es lo que llamamos *inmóvil* ó *inmueble*, y debiéramos escribirlo *inmóvil* con *b*, como se escribe el *mobilis* é *inmobilis* latino, aunque de ello todavía no haya costumbre. Si de una veleta hablamos, por ejemplo, diremos que su *móvil* (con *v*) es el viento que la hace girar; y de ella, porque puede ser movida, afirmaremos que es *movible* ó *móvil* (con *b*); y yo propio he dicho, traduciendo los Libros Sapienciales, hablando del Espíritu Santo:

«Sutil, diserto, elocuente,
Siempre immaculado, móvil,
Infalible, suave, amante
Del bien, de paz y del orden.

.....
Sutil, puro, inteligente,
Que á los demás en sí absorbe
Porque es la sabiduría
Más que lo *movible*, *móvil*»

Omnibus enim mobilibus mobilior est sapientia, dice el texto; con- que si no hubiera escrito estas palabras usando en ellas de la *b*, no hubiese podido expresar mi pensamiento, porque no tendrían el significado que pide el sentido y determina el original (1).

Con *v* se suelen escribir las frases *llevar* ó *estar en vilo*: con *b* se escribían ántes en ediciones esmeradas, y deben ciertamente escribirse si se atiende á la razon etimológica, que creemos sea *bilanx*, la balanza, para significar que un objeto se lleva suspendido del suelo, ó que, pendiente, y por tanto, indeciso, tenemos el ánimo. A lo infinito pudiéramos prolongar estas citas. La Academia, registrando y dando cuenta de la diversa forma ortográfica y prosódica que han tenido estas y otras palabras, debe rectificarla y fijarla, que es esto gran parte de su instituto.

De buen grado seguiríamos al nuevo Académico en cuanto tan acertadamente dice, como tan interiorizado en la materia, respecto á las reglas que han de tenerse presentes para el acogimiento de nuevas palabras, sobre la adopción de nuevo signo para nueva idea, proscribiendo los nuevos cuando haya otros anteriores que la representen, y el esmero con que se deben devolver al uso muchas em-

(1) Libro de la Sabiduría, cap. VII, v. 24.

pleadas por nuestros clásicos, y que sin razón sobrellevan el estigma de anticuadas cuando no se les ha sustituido nueva forma.

Novelador dice Lope de Vega al novelista, y aunque sea tan grande la autoridad, hoy ni nadie usará aquella palabra, ni dejará de emplear la última cuantas veces se le ofrezca, si es que quiere ser fácil y seguramente comprendido. *Thalweg* hemos traído malamente del alemán (sin saber cómo se ha de escribir ni pronunciar, ni cómo se le haría el plural) cuando tenemos la palabra *vaguada* (con *v* y con *b* se ha escrito) para significar el camino por donde *vá* el *agua*, la línea fundamental que marca el curso del agua en los ríos y en los valles. Anticuadas se llaman las palabras *airamiento*, por el acto de encenderse en ira; *espejarse*, por representarse en un remanso ó limpia corriente de agua algún objeto, como en un espejo, ó el Padre en el hijo, que le semeja y representa ó física ó moralmente; *acuantiar*, por fijar la cuantía, el valor ó cantidad que corresponde á cada una de las partidas separadas de un todo, cuya palabra, inteligible desde luego á primera vista para todo el que sepa lo que significa *cuantía*, se ha querido substituir con el bárbaro *presupuestar*; *ubiar*, derivación del *ubi* latino, por determinar el punto en que se halla situado un pueblo, un edificio ú otro cualquier objeto cuya posición convenga precisar, y cuya voz, usada ya por el monge Berceo, y posteriormente por otros, entre los cuales Hernández de Velasco, creemos que recibirá de buen grado la ciencia, cuando á semejanza suya se aplica las de *ubicar* y *ubicación*, de forma y significación análogas. *Avalancha* nos han querido introducir, por el desprendimiento súbito, y como resbalando, de la nieve, habiendo varias palabras castellanas, que ya otra vez hemos expresado, para significarla, entre las cuales, sobre la extranjera, lleva *alud* lo mejor de la batalla. Para traerla del extranjero, valiera más haber admitido la germánica *labina*, del latino *labi*, ó la española *resbaliza*, que también hemos oído, aunque sin suficiente autoridad, y desearíamos encontrarla ó que la adquiriese, porque expresa la idea con toda claridad.

Pues respecto á la sintaxis, todavía es más apremiante la tarea de la Academia, y más necesario el ejercicio de su autoridad. Hierde más los oídos, y es por tanto más repugnante y visible el uso de una palabra exótica, ó bárbara, siendo por lo mismo el daño más evidente y fácil de reparar. No así las faltas contra el régimen, ni los defectos

en la construccion; y sin embargo, por ellos principalmente se alteran y se corrompen las lenguas. Este vicio es comun por demas en nuestra época, principalmente de la parte de Francia. No, no son los principales y más temibles galicismos los que con los vocablos se nos vienen, y con la viciosa traduccion ó asimilacion, por lo mismo que saltan más á la vista. El principal daño está en la concordancia; está en la construccion, y sobre todo en el régimen; en las frases que con este vicio se nos inoculan. Vino aquí, por ejemplo, la palabra *modista*, ántes no usada, significando el que adoptaba, seguia ó inventaba las modas. Fué en su origen masculina esta voz, como que tambien entónces cortaban y aun hacian los sastres *modistas* los vestidos de las señoras. *Modista* fué despues, como era natural, femenino, significando la mujer que corta y hace los vestidos y adornos elegantes de las señoras y la que tiene tienda de modas. Vueltos despues por feo capricho de la voluble Diosa los hombres á aquella ocupacion, hale parecido á alguno ó alguna que de puristas presumen, que, como el oficio, debe tambien masculinizarse la palabrilla; y si el oficio medra, amenaza bárbara invasion de *modistos*. Paráranse un poco tales inventores, y echaran de ver que de los nombres acabados en *ta* que indican profesion, son muchos masculinos, como *Poeta*, *anacoreta*, *recluta*, ó cuando más, comunes de dos, como *artista*, *profeta*, sin que á nadie le haya ocurrido que es menester llamar *artista* al artista, ni al modista, *modisto*, por más que haya excelentes modistas mujeres, y artistas tan eminentes como la Roldana, la Malibrán ó la Concepcion Rodriguez. Pues en materia de régimen ¿qué solecismos no vemos cada dia, que desfiguran y desnaturalizan el idioma? Yendo prevenidos con armas, y por tanto no *desapercibidos* para lo que pueda ocurrir, pasamos *desapercibidos* (á la moderna) si no nos ven; como si en España pudiera decirse nunca *apercibirse* de una cosa, por notarla ó parar mientes en ella. Para hablar en castellano debia decirse *sin ser notados*, *sentidos* ó *vistos*. Dícese cada dia que nos *ocupamos de* esta ó de la otra cosa, cuando queremos significar que *en* la misma nos *ocupamos*.

Multiplicar pudiéramos por desgracia semejantes ejemplos; y cuenta que no basta que admitamos frases extranjeras y viciosas construccion, sinó que, al propio compas, por no usarlas, perdemos ú olvidamos las nuestras, en que es la lengua española tan

abundante. Coja el que lo dude á cualquiera de nuestros clásicos, á Cervántes, á Calderón, á Lope ó Quevedo, por ejemplo, y verá cuántos tesoros hay allí que á voz en grito piden ya un descubridor: ¡tan escaso es el número de los que los frecuentan! Conveniente fuera, pues, y aun muy necesario, poner de manifiesto y en circulacion estos tesoros, multiplicando las ediciones de los clásicos y dando á conocer sus bellezas, como hace la Academia, y más haría si el favor del público la ayudara. Debiera asimismo, á nuestro juicio, no contentarse solo con dar ejemplo del buen decir, sinó censurar en sus *Memorias* las locuciones, frases y maneras viciosas, poniendo al lado de ellas las que debieran usarse; presentar modelos del régimen no solo de los verbos y adjetivos, sinó del de las preposiciones, como fructuosamente lo hace, aunque en pequeña escala, en su Gramática; y por último (y esto es lo más esencial), que no contentándose con la definicion de las palabras, que muchas veces es muy difícil, si no imposible, en el Diccionario, ya en el vulgar, ya en otro especial para este efecto, pusiese las palabras en accion por medio de ejemplos, que les dieran movimiento y vida, permitiendo verlas á la luz y examinarlas por todas partes. Esta, que para nuestra España sería una obra de suma importancia, tiénela no menor para nuestros hermanos de América; no olvidando nunca que si es tan fuerte vínculo la lengua, el vínculo que á esta liga y mantiene en un haz, es la sintáxis, sin la cual, pronto dejaríamos aquella y nosotros de ser unos, y hasta de entendernos.

Hé aquí, pues, la única recomendacion que sobre este particular nos parece oportuno hacer á la Academia, y el único y muy encarecido consejo que, por conclusion, nos atrevemos á dirigir á nuestros hermanos de entrambos mundos.

Y aquí es bien demos ya punto, que harto hemos abusado de vuestra paciencia. Perdonad, Señores, que hablando de estas cosas, no pueda irse á la mano un Académico antiguo que en ellas ha ocupado buena parte de los mejores años de su vida, cuando del asunto se habla por persona que, aunque recién venida á este sitio, tiene tanta experiencia y autoridad como el Sr. Galindo. Yo además, por singular deferencia de la Academia, tengo la gloria de ser Secretario de la Comision de Academias Americanas, y tratándose de la lengua, no podia dejar de hablaros tambien desde el punto de vista

que á estas interesa. Justo es además que en estas solemnidades contemos con los hijos como si los tuviéramos presentes, así como ellos lo hacen con nosotros en idénticas circunstancias, y tanto más cuanto que si la debilidad de mi vista no se corrige, acaso sea la última vez que podré tomar parte activa en ellas. Aun en la presente, debo y doy afectuosas gracias al dignísimo compañero que con tanta benevolencia se ha prestado á auxiliarme.

Venga, pues, el nuevo Académico á nuestros brazos, escribiéndose de esta recepcion una fecha, que espero será fausta en los anales de la Academia. Cuando á los míos vengas, ilustre Académico, yo te recibiré en ellos con efusion, como tal, como entrañable amigo y como á quien á Aparisi representa: tú, en cambio, recibe en mi abrazo el abrazo de Aparisi.

HE DICHO.